

## ARQUEOLOGÍA

### CONFERENCIAS DE ETNOGRAFÍA

#### I

Establecido por una especie de consenso general que el *homo sapiens* no se evolucionó en América, sino que fué el producto de tal ó cual *modus operandi* en lejano continente, podemos dejar de lado toda cuestión de su procedencia específica y limitarnos más ó menos al hombre americano tal como él se presenta á los descubridores Colombinos de nuestro hemisferio, es decir, más ó menos culto, más ó menos bárbaro; en aquel caso tenemos al hombre en su edad de bronce, á veces recién en su cuna y con muchas supervivencias de la edad de piedra, palo y hueso; en este todo lo dicho, menos lo que corresponde á la época de bronce y demás metales. Una salvedad debemos establecer, y es, que no se han probado que haya sincronismo entre estas clasificaciones de la cultura prehistórica, en el Nuevo y en Viejo Mundo.

Por desgracia los avances de la edad de hierro habían hecho desaparecer en Europa las unidades étnicas que representaban las otras anteriores al metal; y si aun existían restos de tales indígenas, se hallaban estos ya desnaturalizados mediante el contacto con naciones de superior cultura. Como era de esperar, lo primero que debió desaparecer serían las lenguas, y así nos falta este importantísimo elemento para la comparación de los diferentes grupos étnicos correspondientes á la edad de piedra y primera del metal, más como la mayor cultura en el Viejo Mundo ha marchado de Oriente á Occidente presentándose nos sus manifestaciones principales en las costas y orillas de mares y ríos, es decir, en seguimiento de las vías marítimas, es en el Oriente que de-

bemos buscar la cuna de origen de esta misma superior cultura. Ahora pues, desde que las exploraciones y deslumbrantes descubrimientos arqueológicos del siglo XIX, nos han revelado una maravillosa civilización de las edades del bronce y del hierro hacia la parte del Oriente en general, que se sobrepuso á una edad de la piedra y la arrinconó hacia el Occidente hasta estrecharla en las últimas riberas del mar Océano Atlántico, lícito nos es establecer que hacia este Occidente debemos buscarla, sino en su cuna, por lo menos en su postrer región migratoria euro-africana, y digo: *sino en su cuna*, por que posible es que esa conquista de la mejor arma (único árbitro en resumidas cuentas de la suerte de los pueblos) con su variación de arrinconamientos sucesivos, ha sido obra de siglos y milenios.

Hablando en términos del Viejo Mundo, cuanto nos da que pensar y que estudiar esa civilización de la época pre-cristiana, por no decir anti-diluviana, que se nos aparece naciendo y caminando como el sol de Oriente á Occidente, arrollando la oscuridad y las tinieblas de la edad de piedra, hasta llegar al mar atlántico, que la separaba de ese Mundo Nuevo, que descubierto por Colón adquirió más tarde el famoso nombre de América.

El sol siguió su marcha en el océano, pero ¿qué fué de la edad de piedra? El Atlántico le sirvió de muro insalvable ó de sepulcro sempiterno? El siglo ó los siglos lo dirán.

La América para sus descubridores, Colón y sus compañeros ó sucesores, era un mundo nuevo; arqueológica y antropológicamente hablando, era un mundo antiquísimo, nada menos que sus gentes se hallaban en un estado de cultura correspondiente á la inmediatamente posterior á la edad de la piedra, es decir, en los albores de la del bronce. Las naciones del bronce que empezaban á enseñorearse sobre las de la piedra, del palo y del hueso, se someten á la lógica ferrea de la del hierro, y la América de un salto pasa á formar parte de la cultura del Renacimiento, cuando apenas había abierto los ojos para conocer que el bronce es siempre mejor que la piedra, para matar con éxito á los semejantes, y á los que no lo son. En una palabra: al adulto niño in-



dígena de América se le obligaba á digerir los alimentos físicos y psíquicos de generaciones vacunadas en todo lo bueno y lo malo de largos milenios y acostumbrados á vivir y vencer con el bronce, el hierro y la pólvora. ¡Qué extraño pues que la raza Americana se haya empachado, y que silenciosamente vaya desapareciendo la sencilla y primitiva edad de la piedra ante la invasión de la absorbente y exterminadora edad del hierro, del azufre, del salitre y carbón: todas materias correspondientes á la cultura de Oriente.

Nadie pretende que los límites actuales de los continentes euro-africanos se hayan conservado tales y como hoy los vemos; y aventurado sería predecir qué misterios no encierran las profundidades del mar Atlántico; pero una cosa está de manifiesto: que la falta de cultura primitiva en el occidente del hemisferio oriental reaparece en el oriente del hemisferio occidental.

Se ha querido explicar la mayor cultura del Mundo Viejo por el hecho de que se desarrolló en las costas marítimas y riberas fluviales del centro de su evolución.

Si esto fuera así, y esta la única y principal causa, igual desenvolvimiento de cultura debió haberse notado en las regiones del Mundo Nuevo que abunda en ríos navegables, en puertos aptos para servir de centros comerciales de dilatadas y riquísimas provincias.

¿Más, qué es lo que había sucedido? La mayor cultura de nuestro hemisferio, se hallaba al Oeste y no al Este, en los páramos, nevados y altiplanicies áridas y cercanas de las cordilleras, sin puertos ni ríos de importancia, en una palabra, en regiones, en que el hombre no sólo había tenido que vencer la naturaleza, sino también á esos otros hombres que vivían de lo que aquella espontáneamente les brindaba á manos llenas, en la más favorecida y peor aprovechada zona oriental,

Es oportuno aquí hacer una salvedad para que no se crea que pasamos por alto la civilización de México, de Centro América, y de otras regiones que de ellas derivaron la suya: esta civilización corresponde al Pacífico, como la fauna y la flora del Golfo de México también le pertenecen.

Las perturbaciones sísmicas frecuentes y violentas

en toda esa zona han modificado fundamentalmente la distribución de tierra y agua por aquellos mares, mientras que sus faldas, valles y campiñas han descendido á formar el fondo del océano Atlántico y sus ramificaciones. Vemos pues, que á juzgar por las arqueologías respectivas y por lo que se desprende de la etnografía americana, en la época pre-histórica, el Océano Atlántico era un centro orlado por gente que respondían á esa cultura á que damos el nombre de la edad de piedra, cuyos representantes en el Viejo Mundo han sido incorporados ó distribuidos por las culturas sucesivas, mientras que en el Nuevo los encontramos recién en los albores de la edad del bronce. Por estas razones podemos asegurar que hay pruebas suficientes, de que el hombre de la edad de piedra entró á la América por el lado del Atlántico, sin perjuicio de que haya sido vencedor y vencido una y mil veces en el transcurso de los siglos dando así lugar á esa gran variedad somática que se nota en sus rasgos físicos. Si se hubieran conservado las lenguas de las gentes de la edad de piedra en el Viejo Continente, la prueba hubiera sido palmaria, pero basta la que tenemos para decir que la barbárie era el tipo de la cultura atlántica, y que así como la edad del bronce y sus varias evoluciones penetraron en el continente euro-africano del lado de Oriente, así en el nuestro la inmigración fué de Occidente, bajando por ríos desde esas alturas casi inaccesibles, cuyos moradores se hallaban en plena edad de bronce.

En América sucedió una cosa muy curiosa: -- mientras que en el hemisferio Oriental los conquistadores de las edades cultas de los metales se detuvieron ante los rigores de la zona tórrida, de suerte que las invasiones y migraciones siempre los respetaron, en el hemisferio nuestro otro fué el curso de los movimientos étnicos: el espinazo de nuestro continente, á que damos el nombre de Cordillera de los Andes, Montes Rocallosos, etc., - ha producido tales modificaciones climatológicas, que en la región andina puede el hombre vivir en la misma ecuatorial y gozar de una primavera perpétua, como por ejemplo en Quito. Puede decirse que en los Andes se carece de la zona tórrida, todo es tem-



plado y casi todo lo templado estaba ocupado por gentes que respondían á la cultura del metal, excepción hecha del hierro. Las extremidades septentrionales y boreales, como casi toda la zona oriental estaba ocupada por gente de inferior cultura que pueden clasificarse en su cultura como de la edad de la piedra.

En el hemisferio oriental la faja ó zona de mayor cultura se extiende desde la China hasta el estrecho de Gibraltar, siendo sus límites generales, por el Sud el desierto de Sahara y Mar Indico y por el Norte los términos de los imperios Romano, Persa y Chino, con mayor ó menor extensión en los varios milenios, y posibilidad de encerrar continentes hoy sumergidos en los fondos de los Mares Indico y Pacífico.

La mayor cultura mundial á lo que consta, se nos aparece evolucionando en este medio, y justo es colocar allí su primer colonia y acaso su cuna.

De ese centro ó centros la cultura euro-asiático-africana se nos presenta marchando siempre hacia Occidente, porque el Pacífico no le permitía otra cosa; pero esto si se impone, que en Oriente encontramos la mayor cultura no sólo histórica sino también prehistórica, si damos este nombre á las revelaciones de la Arqueología moderna.

Ya se ha visto que en América, ni los hermosos puertos ni los magestuosos ríos navegables, ni los riquísimos campos del Norte y del Sud, con las fecundas riquezas de su incomparable suelo, alcanzaron para crear y desarrollar esa cultura, que se nos presenta en todas las épocas en Oriente, no es pues la inmediación á ríos y mares causa suficiente de una mayor cultura, siempre que ella no se introduzca de otra parte.

Introducido el primer germen la evolución procede, pero lo ocurrido en América nos induce á creer que, por sus mares y por sus ríos entró el primer conocimiento de esa cultura posterior y superior á la de la piedra, en el Viejo Mundo.

Un hecho geográfico, étnico, por no decir geográfico-antropológico, es incontrastable, y es así como el Atlántico separa la barbarie de la edad de la piedra, en los dos hemisferios; así el Pacífico se interpone entre la

mayor cultura que alcanzaron los mismos en las épocas remotas.

Si las Antillas, y tantas otras islas y archipiélagos del Atlántico, pueden ser y son otros tantos testimonios de zonas sumergidas, ¿qué diremos de los innumerables archipiélagos, islas é islotes del Pacífico y Mar Indico? La única respuesta que cabe es que todo ello apunta en dirección á un continente sumergido que sirvió de cuna ó de puente á las culturas de Oriente y Occidente, ó, que en términos del Pacífico se diría de Occidente á Oriente.

Por estas razones yo declaro que los primeros gérmenes de la cultura de la edad de bronce, entraron á la América del lado de Occidente; y que desde entónces se inició la lucha del Occidente más culto con el Oriente más bárbaro, en América se entiende; porque en el Mundo Viejo la cultura se colocó en el medio y sus enemigos la combatían por el Norte y por el Sud, resultando muchas veces que el bárbaro vencedor fué conquistado pacíficamente por la cultura vencida, de donde han procedido los pueblos hoy más civilizados del mundo.

En América todo era á la inversa de lo que sucedía en el Viejo Mundo: en éste la civilización se había desarrollado en la costa del mar y ríos que desaguan en él, mientras que la barbarie huía á los bosques y serranías ó á las islas inaccesibles; en aquella era la civilización que se refugiaba en las escabrocidades de las montañas y en los bosques impenetrables, dejando los grandes ríos y vastísimas praderas y selvas en poder del salvajismo. La cuestión entónces sería si la América recibió ó comunicó su cultura, y en seguida vendrá esta otra: en el 1er caso de quién; y en el 2do á quién.

Brinton y los autores más modernos como Keane opinan que no ha habido contacto pre-colombino entre la raza americana y las demás después de la edad de la piedra pulida, porque de no ser así tendríamos en nuestro continente muchos de los inventos del otro hemisferio que se remontan á épocas muy remotas, como por ejemplo, las embarcaciones de vela, las lámparas para el alumbrado artificial, etc.; pero este argumento



se funda en que no pudo haberse conocido el bronce y algunos otros metales mucho antes de inventarse el buque de vela, las lámparas, etc.

Basta que, la mayor cultura de América se halle frente à frente con la mayor cultura del Asia, y sus islas, y que la barbarie de un hemisferio se avecinde con la del otro, océano por medio, para que juzguemos à priori, que tanto la cultura como lo falta de ella; proceden de algún centro común hoy desaparecido.

Las desgracias nacionales que traen por resultado los arrinconamientos producen al propio tiempo la pérdida de conocimientos ya adquiridos, como por ejemplo el arte de navegar con buques de vela en lugares desprovistos de agua, etc.

En los mismos países adelantados no todos los siglos han sido de progreso: muchos de los descubrimientos de los tiempos modernos ya se conocían en los milenios pasados, como se dice, de la aguja de marcar ó brújula, etc.

Un hecho nos sale al encuentro que en América había dos grandes ocupaciones étnicas, ni más ni menos que en el Viejo Mundo, si bien invertidos sus elementos puesto que à lo que se puede deducir de las escasas noticias de historia pre-colombina que han sobrevivido al desastre de la conquista, la parte más culta recién se estaba rehaciendo de su aniquilamiento y tratando de extralimitarse de las breñas en que se había parapetado.

Los estudios antropológicos y etnográficos confirman esta dualidad en los elementos étnicos que poblaron las Américas: tenemos gentes braquicéfalas, y dolicocefalas, pigmeos y gigantes; (hoy ya muy degenerados); estirpes de casi blancos los unos y casi negros los otros, con las variantes intermedias consiguientes à tantos mestizajes.

Dados el larguísimo lapso de tiempo postulado por los que tratan estas materias y el distanciamiento que produce la simple evolución de las manifestaciones materiales del pensamiento humano, estén ó no en contacto, es muy difícil poder establecer el grado de importancia que tienen las diferencias observadas en cualquier tiempo dado. No es posible confundir el arte

egipcio con el babilónico, no obstante que fueron contemporáneos y colindantes y si se quiere con gran facilidad de interpenetrarse.

Por otra parte, para comparar los restos arqueológicos de uno y otro hemisferio, nos faltan mil eslabones sin los cuales nos parecen insalvables las lagunas que atajan el paso á nuestras investigaciones.

De los varios autores que se pueden recomendar á los estudiantes, uno de los más útiles es A. M. Keane, porque es moderno y nos da un resumen lo más importante de lo que se ha publicado en estos últimos años acerca del hombre, de lo que ha sido y de lo que es, como podría traducirse el título de su obra.

*Man Past and Present* publicada en 1899 por la imprenta universitaria de Cambridge.

Como era de esperar, empieza por discutir la cuna ó punto de partida de los progenitores de la raza americana. Afirma que queda establecido el hecho de que la América desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, estaba ya ocupada por el hombre en los tiempos cuaternarios ó pleistocenos, es decir en la primera época, época de la edad de piedra, como se comprueba con los restos óseos y obras de sus manos.

Este hombre cuaternario de la América, se parecía á los duros hombres cuaternarios del resto del orbe, es decir, que unos y otros eran de un tipo generalizado y uniforme. Este precursor generalizado, procedía de un origen monogenista que él acepta; se coloca en una sola zona zoológica la llamada Indo-Malasia y la deriva de un solo antecesor pleioceno de donde se esparció por todo el globo terráqueo. De este posible progenitor dice que: «tal vez» pudo ser el *Pithecanthropus Erectus*.

Sea de esto último lo que fuere, concluye el párrafo deduciendo que los aborígenes americanos no son indígenas ó autóctonos en toda la extensión de la palabra, sino que entraron del hemisferio Oriental al Occidental en su estado primitivo, antes de haberse desarrollado la especialización de su cultura.

Aquí Keane generaliza las inmigraciones étnicas del viejo al nuevo continente (que tan pudiera entrar por el Atlántico como por el Pacífico).



Si la Indo-Malasia fué la cuna del hombre más ó menos *sapiens* á priori la entrada por el Pacífico era la más natural, siempre que los misterios de la Geografía física no nos presentasen razón en contra, pero los lapsos de tiempo contados, como los cuentan, por cientos de miles de años y que han bastado para establecer esos tipos étnicos que distinguimos con los nombres de *Caucásico, Mongólico, Etiópico y Amoricano*, son sobradamente suficientes para haberse proporcionado en ellos todos los puntos necesarios por donde pasasen esas migraciones de un hemisferio al otro; una y cuantas veces hayan sido necesarias para la introducción de la especie humana en las Américas.

Conociendo como conozco las condiciones psíquicas de la población más atrasada de nuestro continente, de las que Keane y demás antropólogos y etnólogos ó etnógrafos, hacen evolucionar esa relativamente mayor cultura que la conquista española encontró en América, me inclinaré yo siempre á creer que aún ese pequeño adelanto en la evolución humana, que enuncia bajo el nombre de edad de bronce ó sea del cobre, tuvo que entrar de afuera, porque es más fácil en mi concepto desarrollar toda la ciencia moderna después de haber descubierto la metalurgia del cobre que inventar y reproducir en este metal ó sus aleaciones, las armas y demás objetos de la edad de piedra. Sucesivas migraciones é inmigraciones han de haberse producido ante el transcurso de largos milenios, y de ellos provienen esos mestizajes y sus consiguientes atavismos, esa variedad de tipos que tanto confunden á los etnógrafos de la raza americana.

Por todo esto insisto en lo que ya he dicho que en el suelo americano se encontraron en lucha el hombre de la edad de piedra con el de los metales, y es ajustado á lo que podría esperarse siendo aquel el hombre del Atlántico y éste el hombre del Pacífico.

Más adelante Keane establece que los mismos rasgos físicos del hombre americano, en tésis general, si bien no en todos sus detalles, apuntan en dirección á dos corrientes inmigratorias procedentes del viejo mundo y los particulariza de la manera siguiente: «Que cons-

tan de dos sub variedades bien marcadas, representadas respectivamente en el Norte por los *esquimales* de cabeza larga, (dolicocefalos), y en el Sud por los Botocudos de cabeza larga; y por los *andinos* de cabeza redonda».

A los Esquimales y Botocudos los deriva del hombre *paleolítico* con cabeza larga de Europa (siguiendo á Topinard y á G. de Mortillet: Formation de la Nation française de 1897) y los introduce por via de las Islas Faroe, Islandia y Groenlandia. La segunda ola inmigratoria, que supone haya sido muy superior en número á la primera, quiere que haya entrado más tarde (en la edad neolítica) por el lado del Asia Oriental, via del Estrecho de Bering ella persiste hasta el día de hoy á travez de una mestización sin limites. No reconoce inmigraciones posteriores del lado del Atlántico, por haber desaparecido el puente geográfico que les habia servido para el paso; y por el lado del Pacífico; porque no consta el contacto de razas desde la época de los primeros tiempos históricos, es decir, cuando quedaron ya especializadas las naciones de tipo asiático, africano ó australiano.

Esta prueba negativa como la llama Keane, descanza en la hipótesis de un periodo más ó menos corto de la edad del cobre ó del bronce, porque muy posible es que en el oriente del hemisferio Oriental, haya precedido por siglos y milenios al buque de vela, á la lámpara, al trigo y al arroz, etc. La distribución de la superficie del mundo nuestro en tierra y en agua, puede haber sufrido modificaciones tales, que en la época del cobre y bronce, una parte terrestre del Pacífico haya quedado más lejos del continente asiático y más cerca del continente americano, de suerte que haya podido comunicar á éste, el todo ó parte de sus conocimientos metalúrgicos, iniciando así el desarrollo de esa cultura que encontraron los españoles desde Méjico hasta el Perú, en casi toda la parte andina.

En resúmen, nuestro autor clasifica al hombre americano como que consta de dos elementos étnicos: el uno proto-europeo, propio de la primitiva edad de piedra, tipo caucásico, primitivo un tanto general; y el otro proto-asiático, tipo mongolo americano, también primitivo y algo general: uno y otro con muchos rasgos que



conservan y son propios del antecesor común, ó sea el hombre cuaternario (pleistoceno). Con razón dice Keane, unos quieren que el hombre americano sea mongólico, otros lo niegan; mientras que otros con Ehrenreich, se se declaran porque son sui-generis, autóctonos; ni más ni menos que una raza por separado entre todas las demás de la tierra, sin que en el peor de los casos se diferencien más de los europeos que de los asiáticos. Al decir de Ehrenreich si la raza caucásica es una, no hay por qué no lo sea la americana también, siendo como es mucho más uniforme que la caucásica que encierra los estirpes *arianas*, *semiticas* y *camíticas*, esto es, desde lo más blanco hasta lo más negro, desde lo más dólico, hasta lo más braquicéfalo.

Una cosa admitia Ehrenreich; y es hacer presente que esas diferencias físicas que él cuenta en la raza caucásica resultan de mestizajes *à outrance* entre todas las razas del Viejo Mundo.

Desde el momento en que se separó para siempre de su medio la América, siempre que ello no sea entre esos dos elementos indígenas, el dólico y branquicéfalo, tantas veces invocados, parece no haber tenido contacto alguno con los demás del Viejo Mundo. Adviértase que un elemento civilizador, un apóstol cultural, pudo entrar sin que su aparición modificase sensiblemente el tipo racial.

Como se dijo ya, las lenguas de la Edad de Piedra que hablaron los emigrantes de Europa que se cree hayan entrado por ese lado á nuestro Continente, no se hablan ya en el país de procedencia, así es que carceemos de uno de los mejores elementos para instituir comparaciones entre los dos hemisferios.

Veo que Keane y otros fundan argumentos sobre semejanzas y desemejanzas apoyándose en observaciones insuficientes practicadas en nuestro Continente. Por ejemplo, Ehrenreich dice que: «á pesar de diferencias etno-lingüísticas, las tribus (naciones) que rodean los nacimientos de los rios Xingú, se parecen en todos sus usos y costumbres, en su modo de vivir y en su cultura general». Keane hace notar que como propias de estas figuran tres de las lenguas madres del Brasil la

de unos (los Bakairi y Nahugua) que es la *Caribe*, la de otros (de Amtos y Ramayuras) que es la *Guarani-Tupi*; y la de unos terceros (de Mhiuakus y Vauras) que es la de la familia Aruaca.

Indudablemente las 3 nombradas son lenguas madres, pero mis estudios lingüísticos me enseñan que siendo la lengua mujeril de los Caribes un idioma de tipo Aruaco, como lo han comprobado el doctor Lucien Adam, en un tratado sobre esta especialidad en él habla de los tales Caribes, se comprende que existe entre estos indios y los Aruacos una confusión tal que todo se explica si hallamos entre ellos, lo que el P. Techo menciona à propósito del indios de Chaco, que «más se diferenciaban por sus lenguas que por sus usos y costumbres».

Ahora en cuanto à los *guaranis-tupis*, creo haber descubierto que algo de Tipo Aruaco campea en su gramática, es decir, en su articulación del número plural, justamente en las personas en que es admisible la forma mujeril entre idiomas que afectan esta diferenciación sexual en su modo de hablar.

Con los indios hay que estar siempre sobre aviso; muchos de ellos son bilingües y más aún, cosa que hay que tener en cuenta en las generalizaciones para no caer en error. El doctor Brinton incurrió en la falta de clasificar à los Quiniquinao, indios de origen Chanè, como de estirpe Caduvea, es decir Guaicurú; porque como compañeros de estos hablaban el caduveo fuera del idioma propio de ellos, como lo hizo notar el malogrado viajero Guido Boggiani.

Esta cuestión de lenguas es muy importante, porque las más de las veces es la piedra de toque que resuelve los problemas etnológicos,

Ya se ha visto que habiéndose perdido como suponemos las lenguas habladas por los de la edad de piedra de la región atlántica, y no constando parentesco con las de tipo semejante entre los idiomas del Pacífico, nos queda otro punto que esclarecer, el de saber si las dos corrientes inmigratorias, la dolicocefalo y la braquicefalo están representadas por algo análogo en sus grandes familias de lenguas madres que se hablaban ó se



hablan en nuestro hemisferio. Los estudios practicados hasta la fecha no nos autorizan aún á separar el gran conjunto de idiomas en dos tipos bien definidos. En la lingüística como en la Arqueología en gsneral tanto ha desaparecido que ni podremos restaurar las cadenas ni sin ellas hacer estudios comparados.

Las muchas y variadas lenguas que encontraron los primeros conquistadores en lugares propios para el arrinconamiento de naciones vencidas, nos explican cómo el fenómeno pudo producirse una y muchas veces, y cada vez con extinción de unos y desnaturalización de otros: cada incorporación de una tribu en otra, cada choque de una nación con otra, produce revoluciones étnico-lingüísticas, que dejan grandes vacíos en la historia de la evolución étnica de cada lugar. Resulta pues, de todo esto, que el origen y evolución de la raza americana, es un problema cuya solución apenas se ha bosquejado. — Así como en las Ciencias Naturales los erúditos en la materia se contentan con dejar en el vacío lo que media entre la primera causa cosmogónica, y ese protoplasma de donde arranca la evolución, así también noeotros tendremos que contentarnos con reconocer que aún está en el vacío el eslabón que une al hombre americano, como él se nos dibuja por la Antropología y Etnología Moderna en su cuna, y como él se nos presenta en la época Colombina.

Partiendo Keane, como tantos otros, del Monogenismo, con toda lógica se declara porqué el hombre americano pudo proceder del proto-caucásico y proto-mongólico, es decir, que se le atribuye una descendencia asiático-europea, pero en tal forma que vino á formar la raza americana tal y como se formaron la raza caucásica y la mongólica, cada cuai con las divergencias respectivas, que la constituyen en raza aparte.

De esta conclusión parte el corolario, que habiendo empezado la raza americana con la historia de su existencia en la Edad de Piedra, en la evolución de su cultura, nada le debe á elementos introducidos del extranjero «sea cual fuere el grado de civilización al que pueda al fin haber alcanzado, sea cual fuere la preeminencia que en México, Yucatan y el Perú, ú otro centro

igualmente adelantado se hubiesen conquistado, las artes, industrias, ciencias ó letras, forzosamente debió nacer todo ello de la evolución local, independiente, sin deberle nada, absolutamente nada, á influencias de afuera».

Bien terminante es todo esto y refleja la doctrina de Brinton — América del americano — en materia etnológica como en la política, comercial y demás.

Para mí esto es demasiado absoluto. La prueba negativa en que se funda, hace caso omiso de tanto que se ha perdido en el cataclismo que sobrevino con la conquista española: la codicia por lo que respecta al valor intrínseco de los metales y el fanatismo religioso en cuanto á sus formas y manifestaciones nos ha privado de muchas pruebas: lo que queda ha eido insuficientemente explorado y recién empieza á hacerse por América lo que hace casi un siglo se hace por Egipto y los demás países del Viejo Mundo, con respecto á sus culturas perdidas y olvidadas en los desiertos, que alguna vez fueron florecientes imperios. Y por último no se ha probado que en las primeras épocas del cobre y del bronce se conocían ya esos adelantos y esas materias— cereales y demás que Keane reclama para limitar los contactos de la América con sus vecinos de levante y poniente en las Edades de la Piedra.

Las exageraciones en la duración de las edades ó épocas ya en sí son razón suficiente para que nos abstengamos de muchas de las generalizaciones negativas y positivas que hoy son corrientes.

En el Viejo Mundo vemos que las civilizaciones históricas se tocan prácticamente, sin solución de continuidad y que todas se hallan casi rodeadas por una orla de barbarie más ó menos pronunciada y en relación directa con la proximidad al núcleo cultural. — En la época de los descubrimientos (siglo XV y XVI) todo el Oriente de Asia, región civilizada desde miles de años se hallaba frente á la zona donde en América también gozaba de su cultura algo más que relativa. — A los otros tres vientos se extendían naciones en un estado de barbarie primitiva, muy semejante á la que se atribuye á los hombres de la Edad de Piedra en las costas Euro-Africanas.



APUNTES DE GEOGRAFÍA FÍSICA  
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

POR EL PROFESOR SR. ENRIQUE A. S. DELACHAUX

—  
BOLILLA I  
—

*La América del Sud.—Ojeada de conjunto.—Situación, formas y dimensiones—Ventajas é inconvenientes —Característica de su red hidrográfica y de sus sistemas orográficos.*

La América del Sud, como las tres unidades continentales australes, se encuentra fuertemente desviada hacia el Este, lo cual se nota á primera vista en un mapa ó globo terráqueo. Este desvio es en relación con los continentes del hemisferio boreal, ó con respecto al meridiano que atraviesa por el punto medio de la parte del Ecuador que comprende cada continente austral.

Una semejanza característica de los continentes del Sud, es la de presentar archipiélagos en su extremidad meridional: América, las Malvinas; Africa, Madagascar; Australia, Tasmania y Nueva Zelandia.

Con Africa su afinidad es más notable, siendo un continente como la continuación del otro, interrumpidos como se hallan por el Atlántico. Se distinguen ambos continentes por sus costas poco indentadas; las articulaciones, las entradas del mar son insignificantes, lo cual les da el aspecto de macizos poco abiertos.

En contacto un continente con el otro, las costas coinciden por completo: una entrada de las aguas en el uno corresponde á un avance de las tierras en el otro, un golfo á un promontorio y reciprocamente. Tomando con papel de calco las costas desde el Cabo San

Roque en el Brasil hasta el Rio de la Plata, corresponde exactamente á los accidentes del litoral africano desde el Golfo de Guinea hasta el Cabo, excepto los terrenos de formación reciente, debido á los sedimentos del rio Niger. El macizo brasileño hizo parte en épocas anteriores del continente negro ó etiópico, según lo han demostrado los estudios geológicos. La fauna y la flora de ambos ofrecen numerosas analogías.

La forma general de Sud América es la de un trapecoide, aunque es un poco difícil asignarle una figura determinada. Hubo un tiempo en que los autores de geografía trataban de encerrar á las tierras dentro de formas matemáticas; pero se exageró el procedimiento, que, considerado desde el punto de vista didáctico, es erróneo, porque las formas son diferentes según la proyección empleada; v. gr. Groenlandia presenta muy distinta forma según sea construida en proyección octogonal ó en la de mercator; sin embargo, América del Sud y Africa no experimentan deformaciones importantes cualquiera sea la proyección usada, por no extenderse mucho en las altas latitudes—la América del Sud, sobre todo por su adelgazamiento progresivo hacia el Sud.

*Situación*—Está comprendida entre los 55° (Cabo Branco) y 81° (Cabo Pariña) longitud occidental de Greenwich, y 12° latitud Norte (Cabo Gallinas) á 56° (Cabo de Hornos) latitud Sud. Está comprendida en su mayor parte en el hemisferio Sud.

Tiene una superficie aproximada de 18.000.000 de kilómetros cuadrados. Existen dentro de su perímetro muchas partes aún desconocidas, pero sin embargo, la incertidumbre á este respecto es mucho mayor en Norte América por el desarrollo del continente en latitudes boreales aún no completamente exploradas.

Comparando las dos Américas por la forma de sus costas vemos que las porciones próximas al Ecuador son macizas, y á medida que se alejan hácia los polos aumentan las articulaciones; es esto una regla general, y observando un mapa, se nota que existe desde este punto de vista una desventaja notoria para la América del Sud, dada su ubicación en latitudes bajas.



La regularidad de las costas en continentes como Africa, Australia y la América del Sud, podría quizá explicarse por no haber sido sometidas á la acción exaradora de los hielos ó haber trascurrido largos periodos desde la desaparición de estos, pues es un hecho comprobado que existe correlación entre las articulaciones de las costas (fjords, rios, etc.) y la presencia de los heleros en épocas anteriores.

Las ventajas que las articulaciones aseguran á una región, son la igualdad de clima que resulta de la acción moderadora del vapor de agua, el cual es llevado así hasta el mismo corazón de las tierras, esto, sin hablar de las ventajas económicas que resultan de esta disposición, como lo demuestran el ejemplo de Inglaterra en Europa, ó del Japón en Asia. Pero, es necesario estar dentro de las condiciones meteorológicas convenientes para que esa ventaja sea apreciable. Así las bahías, golfos, peninsulas, etc. del norte de la América septentrional no tienen valor alguno, debido á que se encuentran en la zona glacial; la baja California, casi desértica por sus condiciones higrométricas; Florida (península) poco poblada también, pero esta vez á consecuencia de la gran humedad ó temperatura elevada que dificulta su entero aprovechamiento por el hombre blanco. Refiriéndonos á peninsulas é islas, diremos que la superioridad de la América del Norte reside en el hermosísimo rosario que constituyen las Antillas, así como en las articulaciones de la América Central.

La isoterma de 0°. alcanza el Canadá, y 0° Celsius es considerada como el límite del Ecumeno. En Sud América, esa isoterma pasa muy al sud del Cabo de Hornos. Desde este punto de vista la América del Sud ofrece una superioridad sobre la América del Norte. Pero es preciso decirlo, las razas no tienen todas el mismo valor; la raza blanca es hasta ahora la que lleva el cetro del progreso y de la civilización, á pesar de que ejemplos como el Japón vienen á ser excepciones que confirman la regla. La raza blanca no vive en todos los climas y si bien puede soportar 70° bajo cero así como 60° sobre cero, esos extremos de temperatura no son naturalmente sus condiciones normales de exis-

tencia. El límite práctico donde su actividad se ejerce en las mejores condiciones está comprendido entre  $+ 8^{\circ}$  y  $+ 20^{\circ}$ . Los Estados Unidos de Norte América quedan comprendidos, en su mayor parte, dentro de esos límites.

Sud América, de clima, apto principalmente para el desarrollo de las razas autoctonas, encierra esos límites de temperatura ( $+ 8^{\circ}$  a  $+ 20^{\circ}$ ) desde el Trópico de Capricornio al Sud, con una superficie de 4.600.000 kilómetros cuadrados, correspondiendo la mayor parte de ella a la República Argentina. La misma zona en N. América abarca una extensión de 10.300.000 kilómetros cuadrados.

En las minas de Klondike, en Alaska, reina una temperatura inferior a  $0^{\circ}$ ; pero se trata de minas de oro, quizá las más ricas del mundo, y la reunión allí de un importante núcleo de representantes de la raza blanca es, pues, debido a una causa artificial.

*Cuencas Lacustres*—América del Norte posee la más hermosa y extensa cuenca lacustre del mundo, formada por sus lagos en semi-círculo: el Erié, Ontario Hurón, Michigan y Superior en el centro; entre el Ontario y el Erié se encuentra la célebre cascada del Niágara, en el río del mismo nombre. Otras cuencas lacustres, el Winnipeg, el Athabasca, el Esclavo, el gran lago del Oso, existen más al Norte, pero en regiones cuyo clima en extremo rudo impide su mejor aprovechamiento. En el centro de África existen igualmente grandes cuencas lacustres, pero no tienen la importancia de las cuencas del San Lorenzo por encontrarse en latitudes poco adecuadas para la raza blanca. En América del Sud existe, principalmente, la cuenca lacustre del Titicaca, la cual en épocas anteriores constituía el lago más extenso de la tierra (unos 120.000 kilómetros cuadrados) con desagües hacia el Amazonas por su afluente el Río de la Paz. Hoy el nivel del Titicaca ha disminuido hasta el punto de no tener una superficie mayor de 8.300 kilómetros. Los lagos de la altiplanicie andina, al sud de las alturas de Lipez, tenían sus desagües hacia el Sud, por un caudaloso río que desembocaba probablemente en el estuario de Bahía Blanca, en el Atlántico, hoy solo recorrido por el insignificante arroyo Sauce Chico. En el



Sud de la República Argentina tenemos, entre otros, los de Nahuel Huapi, San Martín, Viedma, Argentino, pero son cuencas lacustres de muy poca importancia comparadas con las del continente Norte Americano.

*Redes Fluviales* — Si el sistema lacustre sud americano tiene proporciones muy modestas, en cambio, su red fluvial, constituida principalmente por la cuenca del Amazonas y la del Plata, correspondientes al San Lorenzo y al Misisipi en el continente gemelo del Norte, es magnífica.

El Amazonas es el río más caudaloso del mundo, con un aforo aproximado de 120.000 metros cúbicos por segundo; le sigue el Congo con unos 60.000 metros, el Plata con unos 25.000, y luego el Misisipi. Desgraciadamente el Amazonas se encuentra en una zona poco propicia para el desarrollo de las razas más adelantadas; si extendiese sus ramificaciones algunos grados más al sud, el país que cruzara sería uno de los más favorecidos de la tierra.

Si á aquellas magestuosas arterias agregamos el Orinoco y el San Francisco, bien podemos decir que la América del Sud es el país por excelencia de los grandes ríos.

El Orinoco, el Amazonas y el Plata no radian alrededor de un mismo centro; por lo contrario pertenecen á cuencas perfectamente distintas, y atravezándose, las dos últimas, bajo un ángulo recto.

Efectivamente, la hoya hidrográfica del Amazonas se inclina de W. á E. mientras el Orinoco superior, el Paraguay y el Paraná desarrollan su curso en el sentido del meridiano.

Lo que caracteriza entre todo el sistema hidrográfico de la América del Sud, es que sus tres ríos principales se entrelazan por medio de una zona de aguas corrientes apenas interrumpidas y que se extiende de N. á S. desde la boca del Dragón (Orinoco) hasta el Río de la Plata.

La comunicación existente entre el Orinoco y el Río Negro por medio del Casiquiare es ya bien conocida. Las comunicaciones hidrográficas entre el Amazonas y el Plata son menos conocidas, pero han sido, no obstante,

constatadas entre el Guaporé, afluente del Madeira, y el Jauru, afluente del Paraguay, al W. y S. de la Serra tabular de Parexi. (Peces en la línea divisoria de las aguas).

(Caso del Arinos, cabecera de Tapajos que nace á pocas cuadras del Cuyabá, afluente del Paraguay). Así, pues, el Mar Caribe se halla unido al estuario platense por una serie de ríos, arroyos y bañados, y será obra del futuro hacer accesible á la navegación interna aquella inmensa y magnífica red fluvial.

En el borde occidental del macizo brasileño se extiende la gran depresión del Paraná-Uruguay y San Francisco, profundamente recortada por la erosión, pero de origen evidentemente tectónicas, y cuya dirección es estrechamente paralela á la de las *serras* y costas atlánticas.

Comparando las cuencas fluviales del Atlántico y las del Pacífico, vemos que Norte y Sud América ofrecen la misma característica: la cuenca hidrográfica del Este es más importante que la del Oeste. Este fenómeno es debido á que la mayor parte de los ríos americanos, toman su origen en las cordilleras occidentales, las cuales se ciñen estrechamente al litoral pacífico, de manera que el área comprendida entre aquellas y este último es muy reducida, comparada con la hoya hidrográfica del Atlántico.

En el Pacífico forzosamente, los ríos, aunque generalmente torrenciales por las fuertes pendientes, son cortos; solo al Sud de Chile adquieren alguna importancia, debido á las lluvias copiosas, así como á la captura de ciertas secciones de ríos y aun de lagunas que antes desembocaban en el Atlántico.

En América del Norte, se nota, pues, desigualdad en las cuencas fluviales de ambos océanos, aunque allí se incorporan ríos como el Colorado, Colombia, Sacramento, Frazer, Yukón en el Pacífico; sin embargo aquella hoya hidrográfica no soporta comparación con la del San Lorenzo y la del Misisipi en el Atlántico.

En Africa los ríos toman generalmente nacimiento



en la meseta central y no cerca de una cordillera litoral como en América, disposición que no permite allí la formación de cuencas fluviales tan dilatadas como la del Amazonas; sin embargo por su situación en las regiones ecuatoriales, el Congo es, como ya lo hemos visto, la segunda arteria hidrográfica de la tierra, en cuanto al caudal de sus aguas.

La riqueza de la red fluvial sudamericana, así como su situación en la zona tropical, ha dado lugar a la formación de inmensos bosques vírgenes que ocupan casi la mitad de la superficie del continente, diferencia importante que presenta con Norte América, donde las selvas, ya muy reducidas por la intervención del hombre, ocupan un área mucho más reducida.

La gran extensión de un bosque no es un inconveniente en ciertas latitudes, como por ejemplo en determinadas partes de la República Argentina. Si existiesen más bosques en la provincia de Buenos Aires, los cambios de temperatura serían menos bruscos y no se hallaría expuesta a la alternativa de secas e inundaciones que tantos perjuicios le ocasionan.

Pero en la zona intertropical, la selva suele ser un inconveniente, por su misma exhuberancia, que dificulta la agricultura y las comunicaciones, y abre camino al desarrollo de las enfermedades palúdicas, a consecuencia de la difícil penetración de los rayos solares hasta el suelo: el Acre, el riquísimo país de la goma, pero con un clima poco sano, es un ejemplo ilustrativo del caso.

Al considerar un mapa de la América del Sud y de África, podría creerse que existen más facilidades de comunicación entre las repúblicas del Sud y del Norte de este continente, que entre los países correspondientes del Continente Negro, donde el desierto de Sahara parece ser una zona de separación invencible. Pero, a despecho de las apariencias, la gran selva virgen de Humbolt, llamada Hylæ, representa para la América Austral un mayor inconveniente que aquel inmenso desierto para el África.

Es posible que veamos realizada la construcción del ferrocarril de Argel hasta el Senegal ó el Golfo de Guinea antes que el trasamericano, que unirá la cuenca del Plata con la del Amazonas.

Por consiguiente, y aunque la isoterma anual  $0^{\circ}$ , límite ordinario del ecumeno, envuelva una buena parte de sus tierras, en realidad la América del Norte tiene sobre la del Sud la positiva ventaja de que la zona templada, la que mejor se presta al desarrollo y progreso de la raza caucásica, ocupe allí la parte más ancha del continente, correspondiendo a los Estados Unidos en su mayor parte (isoterma anual  $+ 8^{\circ}$  a  $+ 20^{\circ}$ ). Hemos visto ya que la misma zona cubre, en la América del Sud, solo una extensión de 4.600.000 kilómetros cuadrados.

Otra desventaja para la América del Sud, comparándola con la del Norte, reside en la mayor distancia a que se encuentra de las demás partes del mundo, de los grandes centros de población, de las grandes plazas comerciales. Es un dato concluyente el que, sobre 15 ciudades con más de un millón de habitantes, solo una, Buenos Aires, se encuentre en el hemisferio austral.

Esa mayor distancia aumenta necesariamente el precio de los fletes y ha impedido, junto con otras causas, que la inmigración adquiera las proporciones que ha alcanzado en los Estados Unidos, pues mientras el viaje entre New York y los puertos occidentales de Europa se efectúa hoy en unos 6 días, la travesía del Atlántico hasta el Plata requiere todavía unos 20 a 25 días. Pero actualmente con la navegación rápida se salvan en parte esos inconvenientes, y una vez realizadas las vías de comunicación proyectadas, es decir, el ferrocarril trasandino y otra línea férrea entre Pernambuco y Buenos Aires, la distancia relativa que separa a la América del Sud de las naciones europeas se acortará notablemente.

El viaje total de Europa al Plata, podrá quizá realizarse en unos 7 u 8 días.

La otra línea proyectada, es la panamericana, con la cual se salvará, en unos diez días, la distancia que mide entre Buenos Aires y Nueva York.

#### OROGRAFÍA

Ninguna unidad continental ofrece un sistema orográfico, una *osamenta* montañosa tan bien ajustada a sus contornos, como la América del Sud.

Tratándose de buscar comparaciones con otros con-



tinentes, preséntasen en seguida el ejemplo de Norte América (con sus dos sistemas orográficos) sus dos grandes ríos de igual rumbo que el Amazonas y el Plata, pero sin embargo allí el contacto de las montañas con las costas no es tan notable como aquí, pues vemos ríos importantes desembocar en el Pacífico, y aún entre el San Lorenzo y el Misissipi encontramos un número de tributarios del Atlántico muy superior al que existe entre el Amazonas y el Plata.

Africa, en su conjunto una inmensa meseta, podría ofrecer cierta analogía con nuestro continente, pero es regada, tanto por el Oeste como por el Este, por grandes arterias fluviales, lo cual constituye una diferencia capital en la América del Sud.

Australia podría ofrecer cierta analogía orográfica con la América del Sud, á condición de asimilar su orilla y sus cadenas orientales á la orilla y cadenas occidentales de este continente (V. tipo pacífico de Suess).

La orografía de la América del Sud está, en su conjunto, esencialmente constituida por un macizo estable (brasileño), contra el cual un enorme pliegue — ó burlete — ha venido aplicándose, por el N. y el W (los Andes) como un marco continuo. Pero el contacto no es inmediato, y entre el macizo primitivo señalado y el marco andino subsiste, de una extremidad á la otra, una banda deprimida: *llanos venezolanos, llanos amazónicos, llanuras chaqueñas y pampas argentinas*.

Este macizo primitivo se divide en dos grupos, separados por la depresión del Amazonas. El macizo ó *isla de Guayanas* al N. y el macizo brasileño propiamente dicho al S.

Este último es uno de los territorios más estables, más rígidos, menos dislocados de la tierra. Sus capas horizontales dan, por erosión, lugar á la formación de montañas tabulares, encontrándose solo cerca de la costa el terreno primordial, plegado. Sus *sertaos, chapadas* y *serras* no son sino montañas tabulares.

Constituye en su mayor parte una meseta, cuya altura varía entre 300 y 1000 metros, interrumpida por llanuras—las grandes alturas relativas solo se encuentran en las proximidades del Atlántico, cerca del Cabo Frio—S. Mântiqueira 2712 metros.

Aquel macizo ha sufrido allí un sollevamiento de conjunto, lo que ha contribuido á hacerlo recortar profundamente por la erosión.

La serie de altos fondos submarinos que se encuentra al S. E., desde Rio de Janeiro á Tristán d'Acunha, señala tal vez el apéndice, la prolongación anterior del territorio brasileño, hoy sumergida, que lo ligaba probablemente con Africa (continente brasileño-etiópico; V. concordancia de ambas orillas del Atlántico) y cuyo desagüe se efectuaba por allí, vgr. en tierras ahora cubiertas por las aguas.

#### LA CORDILLERA DE LOS ANDES

Desde la Península de Paria, donde aparece en este continente, hasta el Cabo de Hornos y la extremidad de la Tierra del Fuego, donde desaparece, la Cordillera de los Andes se amolda tan estrechamente á la costa, ó mejor dicho, la costa se amolda tan estrechamente á la Cordillera que no deja lugar á la formación de ninguna llanura, con excepción de las planicies del R. Magdalena (Colombia), las cuales deben su existencia á los aluviones traídos por dicho rio y sus tributarios, gracias á las abundantes precipitaciones atmosféricas de la región.

Aquella inmensa cadena, formada generalmente por pliegues, cuyo número varía según las secciones consideradas, se liga por las Antillas (Barlovento y Sotavento) con las cadenas montañosas del continente del N.

Es pues por allí donde pasa el eje orográfico del Nuevo Mundo y no por el Istmo de Panamá, hecho corroborado por la faura abisal del Mar Caribe, idéntica á la del Pacífico y no á la del Atlántico.

En el extremo sud, la cadena andina, profundamente recortada por numerosos *jords*, parece sufrir una desviación y torción análoga á la antillana, reapareciendo arriba del nivel oceánico en la Pen. de Graham del continente Antártico.

La Cordillera Andina *continental* consta de dos curvas, ó más bién, de dos direcciones principales bien definidas.

1º La *Sección Norte*, principiando en la Punta Paria y concluyendo en Arica—ángulo saliente del Cabo San



Roque y el ángulo entrante del Golfo Guinea—Su punto más occidental es representado por el Cabo Pariña (N. del Perú). La otra sección—ó *Sección Sud*—principia en Arica, manteniéndose casi rectilínea, de N. á S., pero de la altura del Golfo de Penas empieza á dibujarse la curva que va á reproducir en el Sud la misma desviación observada en el Norte.

ANDES DE LA SECCIÓN NORTE  
(ECUADOR, COLOMBIA Y VENEZUELA)

En todo el desarrollo de la Cordillera se nota la presencia de dos altas cadenas, á veces netamente separadas y perfectamente definidas, otras veces algo confundidas, fragmentadas y difícil de reconstituir en toda su integridad.

Pero, en muchas partes, además de las dos mencionadas cadenas, el gran sistema orográfico se descompone en una multitud de cadenas secundarias y paralelas, habiéndose reconocido la presencia de unos 15 cordones á la altura de la Provincia de Mendoza. No hay duda que estudios serios y metódicos harán descubrir en muchas otras partes semejantes sistemas de cadenas paralelas.

Es en la República del Ecuador, bajo la latitud del G. Guayaquil, donde el gran sistema andino ofrece su menor anchura. Concide esta parte con un cambio brusco en el rumbo de la Cordillera, operado en la prolongación del gran eje sinclinal del Amazonas. Es un punto débil de la corteza, pero es indudable que la erosión poderosísima de los afluentes del Amazonas ha contribuido en una parte muy notable, á esa disminución de espesor, excavando y haciendo desaparecer los primeros contrafuertes y primeras cadenas orientales: entre las nacientes del Alto Marañon y el Pacífico, apenas si existe un intervalo de 180 kilómetros, mientras más al 800 kilómetros señalan el espesor de la meseta andina S. en Bolivia.

En las latitudes ecuatoriales, los Andes se componen, pues, de dos cadenas altas, de vez en cuando soldadas entre sí, y con una meseta interior deprimida, dominada por altos volcanes, meseta-valle cuyo desagüe es ope-

rado á la vez por tributarios del Pacifico y por tributarios del Atlántico. Más al Norte, en la Cord. de la Fragua, principian los Andes Colombianos, caracterizados por la presencia de una nueva cordillera oriental, que viene á empalmar en dicho punto con las anteriores, y se prolonga entre el Magdalena y los llanos colombo-venezolanos hasta la Península de Paria, para de allí reaparecer en las Antillas exteriores.

La doble cadena observada en el Ecuador desaparece aparentemente en las llanuras del Cauca y del Magdalena, pero es probable que se conexe con la Sierra Nevada de Santa Marta, de la cual ha sido separada por la acción erosiva de dichos rios. Desde allí se liga, por medio de la Península Goajira y de Paraguana, con las islas de Sotavento y el rosario antillano interior.

#### PERÚ Y BOLIVIA

En la región peruana, desde el Marañón hasta la hoya norte del Titicaca, el sistema andino se compone de tres cadenas principales:

1º La *occidental*, subdividida en dos por el Rio de Santa, *Cord. Negra* ó de la Costa, así denominada porque los vientos tibios del océano impiden la formación de la nieve en sus vertientes, y la *Cord. Nevada* entre la anterior y el A. Marañón. El valle intermedio ó Cajón de Huaylas ha sido formado por la acción erosiva de los hielos y del agua.

2º La *central*, entre el Marañón y el Huallaga, extendida en forma de meseta alargada y al oriente de esta.

3º La *oriental*, cuyos flancos cubiertos de selvas, bajan hasta el Ucayali.

En la región peruana mencionada, la cordillera *occidental* domina de tan poco la meseta central que se le ha dado el nombre de *Ceja de la Sierra*.

Toda la sección andina considerada hasta aquí, desde la Pen. de Paria hasta Sta. Rosa (cerca Ndo. de Cuzco, Sierra de Carabaya. hoya sup. Titicaca) tiene un desagüe normal de sus aguas corrientes, pero desde este último punto hasta 3 Cruces (15º-28) la altiplanicie andina, considerablemente dilatada, constituye una



cuenca cerrada, con una muy debil precipitación atmosférica anual.

Pero este régimen meteorológico tan xerófilo no ha reinado siempre en aquellas alturas.

La cuenca lacustre del Titicaca, actualmente con una superficie de unos 8.300 kilómetros, tuvo anteriormente una superficie quizá quince veces mayor, siendo entonces como ya lo hemos visto, el lago más importante de la tierra que, por la brecha del Beni, alimentaba su arteria fluvial mayor (Amazonas).

#### ANDES MERIDIANOS Y DEL SUD

(ARICA Y CUENCA DEL TITICACA HASTA TIERRA DEL FUEGO)

La gran amplitud que toma la meseta andina en Bolivia, merece que se designe aquella sección con el nombre de *Ciudadela orográfica del continente*: es efectivamente allí donde se encuentra el mayor conjunto de cumbres elevadisimas.

A pesar de su extensión el sistema parece simplificarse, constando principalmente de 2 grandes cadenas, entre las cuales se intercala la grande depresión mencionada.

En esta parte la cadena occidental es la Cordillera Andina propiamente dicha, por más que en el territorio boliviano las cumbres supremas sean ostentadas por la oriental, ya muy recortada y atacada por los tributarios del Plata y del Amazonas (Mamoré, Pilcomayo).

Sin embargo, en la sección entre Iquique y Copiapó, sobre una longitud de 7°, la Cord. Andina occidental casi desaparece *como cadena*, dando lugar á la formación de un inmenso plano inclinado, que no produce en ninguna parte, la sensación de un país montañoso, fenómeno explicable en parte por las condiciones meteorológicas de la comarca desierta de Atacama.

En las mismas latitudes, la Cordillera Oriental (ó Real) sufre una transformación muy importante á medida que avanza hacia el S.: se subdivide en una serie de cordones paralelos, cuyo rumbo, á contar desde 30° lat., empieza á *oblicuar* al SSE. Tales son, entre

otras, las sierras de Guandacol, de Vinchina, Famatina, Velasco.

Más al sud aún, la doble cordillera, tan característica de las secciones del N., se hace algo confusa. Sin embargo, es aún fácil seguir el antiguo rumbo de la cadena oriental, en parte destruida por la erosión y que se revela à nuestras investigaciones por los macizos aislados de Olivares, Totorá, del Tigre, Uspallata, etc.

Al NO. de la cadena occidental, la más moderna y la más elevada, à contar, desde el paralelo 20° (cerca de Iquique) empieza à alinearse, junto à la costa, una série de macizos montañosos independientes, cuyo conjunto recibe el nombre de *Cordillera de la Costa*.

Entre estos macizos del litoral pacífico y el borde occidental de los Andes se entienden:

En el N. la pampa de Tamarugal y desierto de Atacama;

En el C. el valle longitudinal de Chile;

En el S. el mismo valle deprimido debajo del nivel oceánico, vg. la sucesión de canales y estrechos que caracterizan las costas de la Patagonia andina;

En la región central (Prov. de Aconcagua) esta cadena litoral parece desaparecer ó confundirse con la cordillera propiamente dicha, pues de esta arrancan una serie de valles profundos que atraviesan completamente las alturas de la costa.

Pero, sobre los espolones y las grupas que separan dichos valles trasversales, se halla una serie de depresiones dispuestas según una línea N. S., à una altura casi constante de 1.200 à 1.300 metros.

*Continuad.*

---



## EL IDEALISMO MARXISTA

EXTRACTADO DE LA « REVUE SOCIALISTE » POR GASTÓN F. TOBAL

Cuéntase que encontrándose Marx, un día, en un grupo de socialistas franceses, uno de ellos le preguntó: «¿de qué escuela seriais si vivierais en Francia?» «No lo sé — se dice que fue la respuesta — pero en ningún caso sería marxista».

Damos la anécdota por lo que vale: verdadera ó falsa sirve para caracterizar la transformación ó mejor dicho la deformación sufrida por el marxismo al atravesar las fronteras y á través de los resúmenes y traducciones.

Ha pasado con Marx lo que con Darwin y con casi todos los iniciadores; de un cúmulo enorme de observaciones y deducciones, los vulgarizadores y el público no han retenido sino algunas ideas y algunas frases.

Karl Marx creó una política nueva, transformó los métodos de la historia, hizo del régimen capitalista una crítica definitiva — ¿Qué ha quedado de toda su obra para la mayoría? Un pequeño número de fórmulas: «el trabajo es la fuente del valor; las luchas de clases forman la trama de la historia; el modo de producción de la vida material, determina de una manera general, el proceso social, político é intelectual de la vida.» Estas fórmulas no son inexactas, pero se hace abstracción de los complementos que les fueran añadidos, á medida que fueron desarrolladas y desenvueltas.

Para muchos la concepción materialista de la historia, niega toda eficacia al elemento ideal. La moral, el derecho, la religión, la filosofía son «epifenómenos» de la actividad económica, simples reflejos sin calor y sin fuerza.

Pero los que así comprenden la doctrina de Marx, mal la comprenden. En una obra compleja como la de Marx, no son párrafos aislados los que hay que estudiar, es la obra entera, en sus orígenes y en su desenvolvimiento si se quiere conocer á fondo el verdadero pensamiento de su autor. Si de esta manera se estudia la obra de Marx, la sequedad aparente de su materialismo, su afectación sistemática que le obliga á abandonar toda argumentación de sentimiento en una obra que de un extremo al otro no es otra cosa que un ardiente llamado al sentimiento de justicia. Todo esto no fué en definitiva más que una reacción, contra los hábitos de espíritu y de lenguaje de su época.

Antes de la revolución del 48 el sentimiento reinaba como único señor. La filosofía social al decir de Marx, ocultaba la vaciedad de sus ideas bajo el manto de la ligera trama de la especulación orlado de las flores de la retórica y del sentimiento. — En Alemania los discípulos de Hegel se abandonaban al pleno misticismo, al par que en Francia los de Saint-Simon en las quimeras más irrealizables.

En tal ambiente apareció Marx.

Contestando á Proudhon, que acababa de hacer la *Filosofía de la Miseria* publicó la *Miseria de la Filosofía* y precisando una concepción cuyo germen se encuentra en algunos de sus trabajos precedentes, escribió este pasaje célebre que reaparece incesantemente en su obra como un *leit motiv*:

«Las relaciones sociales se hallan íntimamente ligadas á las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas los hombres cambian su modo de producción y cambiando su modo de producción, la manera de ganar su vida, cambian sus relaciones sociales. El molino á brazos os dará la sociedad con el señor feudal; el molino á vapor la sociedad con el capital industrial.

«Los mismos hombres que establecen las vinculaciones sociales, de acuerdo con su respectiva productividad material, producen también del mismo modo los principios, las ideas, las categorías, de acuerdo con sus relaciones sociales. Así estas ideas, estas categorías son



cambiantes como las relaciones que expresan; son productos históricos y transitorios». *Marx—Misericordia de la Filosofía.*

Tal es en una forma sucinta la idea madre del marxismo.

La historia deja ya para Marx de ser una simple literatura ó una simple metafísica. El capitalismo no es un regimen definitivo, sino un producto histórico que lleva en su seno el germen de un regimen nuevo.

---

El materialismo histórico hoy está de moda, pero si aun los mismo adversarios de Marx aceptan la idea principal de su tesis, lo hacen, sin embargo, echando en cara al marxismo, el doble reproche de desconocer la importancia de los agentes naturales que determinan la organización económica de las sociedades, y de negar la influencia de los factores intelectuales y morales.

Veamos lo 1º. Es inexacto atribuir al materialismo la pretensión absurda de explicar la estructura económica de las sociedades, sin tener en cuenta las condiciones materiales que la determinan.

En el tercer tomo, pag. 387, Marx despues de haber establecido la dependencia y subordinación de las formas políticas á la base económica, añade:

«Lo que no impide que la misma base económica, al menos en sus líneas esenciales pueda presentar, en la realidad, variaciones que van al infinito, debidas á circunstancias económicas innumerables, á las condiciones naturales, relaciones de raza, influencia histórica etc. variaciones que no pueden ser comprendidas sino por el analisis de estas circunstancias empíricas».

No es justo pues atribuir al materialismo histórico la pretensión absurda de explicar la estructura económica de las sociedades sin tener en cuenta las condiciones naturales que la determinan.

Pero si Marx reconoce la importancia preponderante del medio y de la raza del punto de vista estático, insiste en su importancia relativa del punto de vista dinámico y del punto de vista de la historia. Para

él, el medio, la raza; son elementos pasivos: el único activo es la industria humana, los cambios que se operan en el modo de producción de las cosas necesarias para la vida humana.

La tesis de Marx tiene mucho de verdad; porque en general las variaciones espontáneas de lo físico pueden ser consideradas como factores secundarios, en relación a las variaciones artificiales resultantes del trabajo del hombre.

Pero al hacer esta afirmación, esta doctrina no pretende que la industria humana sea la única fuerza, pues no niega que los factores intelectuales y morales tengan su influencia en el desenvolvimiento social.

Afirmar lo contrario es caer en error, error en que desgraciadamente se ha incurrido; pues el profesar esta opinión importa recusar de la interpretación del marxismo el desenvolvimiento que le ha dado, de perfecto acuerdo con Marx su hermano intelectual Engels. Conocidas son las cartas de Engels escritas en 1890 y 1894 en las cuales declara en precisos términos, que las condiciones jurídicas, políticas, filosóficas, religiosas si bien tienen por base la evolución económica, reaccionan unas sobre otras y sobre la misma base económica. En una de estas cartas Engels dice: «Estábamos con respecto a nuestros adversarios en una situación tal, que lo primero que teníamos que hacer, era probar el principio esencial (el lado económico) por ellos negado, y entonces no teníamos ni el tiempo, ni la facilidad, ni la ocasión de hacer resaltar suficientemente los demás factores».

Así pues, lo más correcto sería decir que los fundadores del marxismo, no desconocieron la importancia de los factores ideológicos, sino que al pasarlos por alto, los sub-entendieron; y más aún se podría afirmar que a pesar de todas las apariencias, la obra entera de Marx, está animada por un soplo poderoso de idealismo.

En efecto, si bien al hacer la crítica del capitalismo recurrieron a las formas más abstractas del razonamiento, en último análisis, todo ese razonamiento ¿no se funda en un postulado de orden moral? Que la justicia quiera que cada trabajador reciba íntegramente el fruto de su trabajo ¿no es esto un postulado moral?.



Por otra parte, la acción de las fuerzas económicas supone necesariamente la intervención continua del espíritu humano; se dice y con razón que la construcción de un ferrocarril, el establecimiento de una fábrica, la invención de una nueva máquina, influyen más sobre la política que cien escritos y que cien discursos. Pero en último resultado, ¿no son acaso la aplicación de la actividad de la inteligencia humana?

En efecto, un acto de producción ó de cambio, es necesariamente un acto psíquico-físico. Una organización económica al igual de cualquiera otra estructura social es una creación de la inteligencia puesta en contacto con la realidad. Lo que se llama materialismo histórico bien podría calificarse *idealismo* histórico porque todo fenómeno social es al mismo tiempo un fenómeno intelectual.

Pero, naturalmente, este idealismo marxista difiere esencialmente del idealismo tal como se entiende ordinariamente; en efecto, en vez de ver en la política, en la moral, en la religión, en el derecho, formaciones independientes, total ó parcialmente del medio económico, profesa por el contrario que la estructura económica de la sociedad, es la base real, en la cual toda la superestructura jurídica, moral, religiosa, filosófica, etc., encuentran en cada periodo determinado, en *última instancia* su explicación.

EMILIO VANDERVELDE

---

## APUNTES DE LITERATURA GRIEGA

CURSO DEL DOCTOR FRANCISCO CAPELLO

### *El Ditirambo*

La palabra *tragedia* deriva de *tragos* (1) (cabrón) y *odé* (canto); significa, pues, *el canto del cabrón*. El vocablo usábase ya mucho antes que surgiese la tragedia, lo que explica la razón de que se le encontraran precursores á Tespis. En cuanto al *ditirambo* era un canto coral en honor del dios Baco ó Diónisos. El coro componíase, ya de hombres, ya de muchachos en número bastante notable, quienes danzaban cantando alrededor de un ara del dios, en la cual efectuábase al mismo tiempo el sacrificio de un cabrón. La danza y el canto acompañábanse con música. (2) Designábase el ditirambo con el nombre de *coro trágico*, y de él pasó ese nombre á la composición dramática que de él se originó.

Ante todo, pues, hay que buscar el porqué de tal denominación dada al ditirambo.

OPINIÓN DE HORACIO—Según el célebre verso de Horacio:

Carinine qui tragico vilem certavit ob hircum  
el ditirambo se habría llamado *coro trágico* ó *baile del cabrón* porque era premiado en los concursos con un cabrón quién presentara el mejor ditirambo.

A Horacio se puede agregar la opinión de Tibulo (lib. II—1):

(1) — Advertimos que las palabras griegas hemos debido trasladarlas á la ortografía castellana, por no poseer la imprenta los tipos correspondientes al alfabeto griego.

(2) — Según Proclo (Crestom. V—14) eran propios del ditirambo los movimientos recios y demostrativos de «gran entusiasmo» gestos y ademanes de poseídos.



Agricola et minio suffusus, Bacche, rubenti  
 primus inexperta duxit ab arte choros.  
 Huic datus a pleno, memorabile munus, ovili  
 dum pecoris curtas auxerat hircus opes (1).

Pero Pindaro en la oda olimpica XIII llama al ditirambo *boelata*, palabra que el escoliasta explica del siguiente modo: «Pindaro llama al ditirambo *boelata*, ó porque dábase en premio al vencedor del concurso un buey que era sagrado á Baco, ó porque ejecutábase gritando».

Si era un buey y no un cabrón el premio que se daba al vencedor, pierde valor la hipótesis de Horacio.

OPINIÓN DE VIRGILIO—Virgilio daría otra explicación. El cabrón causa mucho daño á la vid porque come sus brotes, por lo que dice el poeta:

non aliam ob culpam Baccho capes omnibus aris  
 caeditur et veteres incunt proscenia ludi.

«No por otra causa se sacrifica un cabrón á Baco en todas las aras, y los antiguos juegos han subido al proscenio».

Según Virgilio el nombre de *canto trágico* le derivó al ditirambo del cabrón que se sacrificaba en el ara alrededor de la cual cantábase aquél.

OPINIÓN MAS PROBABLE—El ditirambo se fingia cantado por sátiros que formaban el cortejo de Baco. Los sátiros tienen figura de cabrón, y al disfrazarse pues los coristas de sátiros, el pueblo los llamaba *cabrones*. *Coro trágico* es sinónimo por lo tanto de *coro satirico*, aunque en lo sucesivo las dos expresiones se determinaron de distinto modo. En un principio el ditirambo era un coro de carácter festivo: luego se introdujo un

---

(1) — Traducción: «Y fué un campesino, en Baco, quien, con el rostro teñido de rojo minio, condujo por el primero los coros con un arte nuevo. A él un cabrón, que le fué dado como premio digno de memoria, habia aumentado los honestos haberes.» También las antiguas estatuas de Baco se ven teñidas de minio, indicio de prosperidad.—Llama «digno de memoria» al premio de un cabrón, precisamente porque de él habria salido el nombre de la tragedia.

ditirambo de carácter grave, que tomó el nombre de *coro trágico* quedando el de *coro satirico* al ditirambo de carácter orgiástico y alegre.

Del *coro trágico* salió la tragedia; del *satirico* el drama satirico, y como para recordar su origen común siempre los dos dramas iban juntos. En los concursos el poeta á más de las tragedias debía presentar también un drama satirico, siguiendo la recitación de éste á la de la tragedia.

Que en su origen la tragedia no fuera sino un *juego de sátiros* y que tanto ella como el drama satirico salieron del ditirambo, lo atestigua Aristóteles. Del ditirambo pasó á la tragedia y al drama satirico el uso de los disfraces (1), y en el teatro, allí donde actuaba el coro, conservóse también en memoria del origen del drama, el ara ó *timele*, á cuyo alrededor cantábase el ditirambo.

SÁTIROS—De porqué se le daban á Baco de compañeros á los sátiros, es cuestión que no nos concierne. Los sátiros eran los dioses de las montañas y de los bosques, lo que indujo á imaginarlos y representarlos en figura y semejanza de cabrones. Por la muy conocida lascivia de los cabrones es probable que se atribuyesen á los sátiros las costumbres de tales animales junto con su figura, aunque pudo acaso haber sucedido lo contrario, que se imaginasen lascivos los sátiros y se les diese luego por esa razón la figura de machos cabrios. Lo que los asoció al culto de Baco ha sido sin duda la lascivia, de la que es sinónimo el vocablo sátiro. La compañía que le hacían representaba los efectos afrodisiacos del vino.

SILENOS—En el Atica en el culto de Baco formaban parte los Silenos y no los Sátiros. Se consideraba á los Silenos como conciudadanos de Baco y como él naturales de Nisa, ciudad de la India al pie del monte homónimo, que llamábase también *meros* (vino): ciudad imaginaria, por lo que Catulo llama á los Silenos *Nisigenas*.

---

(1) — A más que por otras razones, la máscara era indispensable por desempeñar un solo actor varios papeles.



Representante de toda esta colectividad de Silenos era Sileno, padre nutricio y compañero de Baco:

An custos famulusque dei Silenus alumni (Horacio, A. P., 239).

Representábase á Sileno calvo, borracho y montado sobre un burro ó un odre hinchado. (Virgilio, eg. VI, 14—Cicerón, Tusc., I, 114—Ovidio, A. A. 543, etc.) Pero como el culto de Baco tenía doble carácter, serio y orgiástico, del que salieron la tragedia y el drama satírico, así hubo también dos modos de representar á Sileno. Una leyenda heroica forjóse sobre él: vése así su estatua en Vaticano llena de majestad.

Se ve, y el nombre lo dice, que la tragedia no tiene su origen en el culto de Diónisos del Atica, pues allí no figuraban Sátiros en el cortejo de Baco. Fué el diti-rambo del Peloponeso el que por el primero tomó el nombre de *coro trágico*, y en él hay que buscar el primer origen de esa composición trágica, que representa el mayor desarrollo de la poesía griega y que puede considerarse casi como gloria exclusiva de Atenas.

Daremos algunas indicaciones más sobre el diti-rambo.

Además del ditirambo, Hesiquio y Pólux citan otros cantos en honor de Baco, los *triambos* y los *itimbos*. El triambo era una procesión en la que en pos del tocador de flauta iba la muchedumbre dando gritos. El vocablo latino *triumfo* á pesar de su antigüedad, es lo mismo que *triambo*, é indica también una procesión. Se le hace significar «tres pasos». (1)

La terminación *iambo* de estos vocablos hace suponer un origen común; pero antes habria que explicar el de *iambo*. (2)

(1) — Véase á Georges y á Bréal.

(2) — Es conocido el origen imaginario de esta palabra, que se hallaría en una muchacha llamada *Yambe* que habria conseguido con sus chistes hacer reír á Démetra, á pesar de su pena por la pérdida de Persefone, de la que iba en busca. Si esto puede llamarse mito, vendría á significar solamente el papel que ya desde tiempos remotos dábasele al verso *yambo* en los ritos de Démetra.

Bergk insiste en la analogía de *triambo* y *tórubos* (tumulto). (Lyric. Græc. adespota).

Llamaban los griegos *ololúmoi* ciertos gritos, ya de alegría, ya de tristeza (de los que las tragedias griegas rebosan) y de los que han salido varias denominaciones. Uno de esos gritos dió talvez origen á la palabra *itiambo*, *itimbo*, *iambo*: la repetición del grito *itiambo* dió lugar á la formación de la palabra *ditirambo*, y de repetirse tres veces pudo hacerse quizás *triambo*, si bien opónese algo á tal hipótesis la aspiración de la *t*. No se da aquí una etimología que no se conoce: sólo se indica cómo, según la opinión de gramáticos antiguos, adoptada por muchos sabios modernos, hayan podido formarse tales palabras.

A semejanza del grito *io pean*, forjóse el nombre de *pean*, canto en honor de Apolo; de *ai lino* el canto el *lino* y no es tampoco distinto el origen de la palabra *himeneo*.—Y así como personificóse el *Lino* en un joven y el *Himeneo* en un dios, igualmente sucedió con el *Ditirambo* que en dos vasos se ve representado en figura de un sátiro compañero de Baco.

En el *etimologicum magnum* se hace derivar la palabra *ditirambo* de *di-dura* (doble puerta), lo que sería alusión al doble nacimiento de Baco, pues, ó se sigue la leyenda, tebana, en la que Baco, dado á luz antes de tiempo por Semele, fué por Júpiter cosido en su costado; ó se sigue la leyenda de Onomácrito, en la que Baco es despedazado por los Titanes, salvándose sólo su corazón que Minerva llevó á Júpiter, quien lo tragó, volviendo otra vez á generar al dios.

*Doble puerta* podría ser también alusión á las dos entradas de la gruta de Nisa en la que Baco había sido criado. (1) La opinión más probable es la primera, que da al ditirambo el mismo origen etimológico que á *lino*, *himeneo*, *pean*, haciéndolo derivar de los *ololúmoi*.

El vocablo encuéntrase por primera vez en un frag-

(1) — Me parece inútil insistir en refutar esas etimologías. Pindaro que hace derivar *laos* (pueblo) de *las* (piedra), por la leyenda de Deucalión, cuando quizás fué el sonido casualmente análogo de ambas palabras que hizo surgir la leyenda, haría también derivar la palabra ditirambo del grito de Júpiter al nacer: *luti ramma*, *luti ramma* (suelta el hilo, la costura) —[Etim. M. 274.50—Cyrill. cod. vind. n. 319—Proclus ap. Phot. bibl. 239].



mento de Arquiloco (Hiller, *Lyrici graeci*, Archilocus fragm. 74) que dice:

«Yo sé entonar el ditirambo, el canto hermoso del dios Diónisos, cuando mi mente está fulminada por el vino». Advierto que, según Schmidt, en vez de Arquiloco se habría de leer *Antiloque*.

ORIGEN DEL DITIRAMBO — El ya citado escoliasta de Píndaro dice: «Píndaro afirma que el ditirambo fué inventado en la isla de Naso: en el primer libro de los ditirambos dice que nació en Tebas; y en la oda olímpica XIII lo hace surgir en Corinto». Pero no es que Píndaro se contradiga, pues no siempre el ditirambo ha tenido la misma significación. Píndaro tenía presentes las varias modificaciones á que aquel estuvo sujeto. Nació con el culto de Baco, del que se jactaba Tebas de ser patria; parece haber empezado á ser un canto en las islas, donde el culto se difundió, y, finalmente, encontró su forma artística en Corinto, por obra de Arión.

Según Heródoto, el inventor del ditirambo fué Arión. «Arión—dice—fué un célebre tocador de cítara, á nadie segundo en sus tiempos: él fué quién inventó el ditirambo, y así llamóle, y lo enseñó á los corintios». (libr. I, 23).

Píndaro al hablar de Corinto como patria del ditirambo, se refiere sin duda alguna á Arión.

Si el fragmento arriba citado fuera auténtico, esto es, si pertenece á Arquiloco, Heródoto se habría equivocado respecto del nombre, que no podría haber sido creado por Arión, quién fué posterior á Arquiloco de más de una generación.

Pero Heródoto no dice donde Arión inventó el ditirambo, sino únicamente que habiéndolo inventado, lo dió á conocer á los corintios. Allí se habría cantado por primera vez.

Arión era natural de Metimna en la isla de Lesbos, y floreció entre los años 628 y 585 a. de C. (1) En su juventud vivió unos cuantos años en Esparta, centro en aquel entonces de la poesía griega, y allí conoció á

(1) — Son las fechas del reinado de Periandro,

Alcman, otro gran poeta coral, y, según algunos, fué discípulo suyo. Pero luego pasó á Italia, enriqueciéndose en Tarento. Á su vuelta á Grecia, fué arrojado al mar. Cuenta Heródoto que antes de ser lanzado, logró de los marineros que le permitiesen tocar la cítara, y entonó el *nomos ortio*. Los delfines atraídos acudieron y llevaron al poeta sano y salvo á Corinto. La leyenda está testimoniada por toda la antigüedad, y á ella hace alusión Arión en el fragmento que de él se conserva, fragmento que, precisamente por tal alusión, se juzga espúreo.

Pues bien, Schmidt (*diatribe in dithirambum poeta rumque dithirambicorum reliquias*) sostiene que esa leyenda significaba que Arión trajo el ditirambo á Grecia desde Italia.

No me pondré de juez en esta cuestión, ni examinaré los argumentos de Jacobs (*Quaestiones Sophocleas*) ó de Menke según los cuales hay que buscar en Asia el origen del ditirambo: sólo consiento con Schmidt en que la influencia de Italia sobre Grecia ha sido sin comparación mayor de lo que los griegos quisieron dar á entender.

(Continuará)



## CURSO DE ESTÉTICA

---

### GÉNESIS DE LA EMOCIÓN ESTÉTICA Y CRÍTICA DE SUS INTERPRETACIONES EMPÍRICAS.

---

Después de haber constatado en nosotros la existencia del fenómeno psicológico llamado sentimiento estético, con su complemento el juicio del gusto, y de haberlo diferenciado de esos otros fenómenos conscientes, con los cuales sin embargo tiene semejanzas y relaciones que son las sensaciones, las emociones intelectuales y las emociones morales, nos toca investigar el modo de su producción.

Las explicaciones que nos proporcionará la historia de las ideas estéticas desde el siglo XVIII, se reducen à tres clases que examinaremos sucesivamente.

Las unas pretenden explicar todo el juego de nuestras emociones estéticas por nuestras facultades inferiores.

Otras invocan exclusivamente nuestras facultades superiores.

Las últimas, por fin, explican la emoción estética y el juicio estético por un cierto juego combinado de las dos clases de facultades.

Los partidarios de las sensaciones se subdividen à su vez en tres grupos:

- a) Los unos, con Locke y Burke, reducen todo al lado fisiológico de la sensación y al amor cuya raíz está en el apetito sexual.
- b) Otros invocan la asociación de ideas pero en modos diferentes según se trate de discípulos de Stuart-Mill, de Spencer, estudiado en sus *Principios de Psicología*, 8ª parte cap. 9 trad. Bur-

*deau*, ó de Bain, en su libro sobre *las emociones y la voluntad*, en el capítulo de las emociones estéticas, trad. Lemonier c. XIV.

- c) Por fin otros con Spencer (*Ibid.* y *Ensayos de moral*) interpretan el placer estético combinando la teoría del juego de Schiller con la teoría de la evolución.

Los partidarios de la explicación por nuestras facultades superiores exclusivamente, se dividen à su vez en dos grupos:

- a) Los unos con Baumgarten, Wolf, y el padre André (cartesiano francés del siglo XVIII) subordinan la belleza à la verdad.
- b) Los otros subordinan la misma verdad à la belleza (Leibnitz y el mismo Kant.)

Con los partidarios de la explicación mixta (Souriau; *la Beauté rationnelle* I parte, cap. III,—Lachelier: *Fondement de l'induction passim* —Boutroux, Cours de la Sorbonne sur l'induction *passim* Rev. des cours et conférences) se vuelve à ideas que tienen un evidente parentesco con las que esbozó Tomás de Aquino en los albores de la estética moderna, pero en una forma más adecuada à nuestra manera actual de encarar un problema y de exponerlo.

En resumen: tres formas de la interpretación empírica del sentimiento de lo bello, dos formas de su interpretación intelectualista, una de la interpretación mixta.

\*  
\* \*

#### EXPLICACIONES EMPÍRICAS DE LA EMOCIÓN ESTÉTICA

Las emociones estéticas tienen semejanza con las puras sensaciones por la espontaneidad con que se producen unas y otras, si sólo nos encontramos en presencia de un objeto conveniente. Un pedazo de hielo nos da una impresión de frío (si lo tocamos) con la misma fatalidad y la misma falta de reflexión como una linda cara nos encanta.

Tal analogía entre las emociones meramente sensibles y los sentimientos estéticos sirve à los empíricos para fundar triunfalmente su explicación pretendida-



mente cabal del origen de todas nuestras ideas y emociones por los sentidos solos.

Sin embargo pronto tropiezan con una dificultad. Nada más móvil y variable que la sensibilidad. Las sensaciones no son iguales en todos los hombres, y hasta cambian en cada uno de nosotros en relación con los mismos objetos. Un goce sensible demasiado prolongado nos lleva la saciedad y el disgusto. La belleza al contrario procura un placer mucho más duradero.

Nuestra atención se puede cansar en presencia de un paisaje admirable ó en presencia de los cuadros divinamente bellos del *Salon Carré* de Florencia, pero la fatiga de nuestra atención nunca se podrá llamar un disgusto, una saciedad, y no comprenderíamos á los que no experimentaran una emoción parecida á la nuestra en presencia de tales cosas; mientras nos parece natural el disgusto del explorador ó del marinerero para las conservas que tienen que comer con demasiada frecuencia á pesar de que á nosotros tales comidas nos gustan.

Hay pues algo universal en el sentimiento estético que no existe en la sensación. Los filósofos empiricos lo observaron como nosotros y buscaron su explicación.

a) Burke, discipulo de Locke, declaraba en el prólogo de su *Investigación filosófica sobre el origen de nuestras ideas de lo sublime y de lo bello*, que intentaría establecer una *lógica del gusto* fundada en principios fijos que permitieran discutir (decía) las cuestiones de tal naturaleza con la misma certitud con que discutimos las que pertenecen á la pura razón.

Y buscaba pues en los mismos sentidos y en la imaginación tales principios. Con motivo de fundar tal *lógica del gusto* ponía en duda la versatilidad y la diversidad de las sensaciones entre los hombres, siendo los órganos de todos los hombres parecidos en su constitución y semejantemente impresionados por las cosas.

Tal opinión tiene un cierto valor contra los que exageran la variabilidad y la diversidad de las sensaciones hasta pretender que los hombres no se ponen

de acuerdo para reconocer la miel dulce y el áloe amargo. Pero sin embargo es un hecho de experiencia cotidiana que, si generalmente se prefiere lo dulce á lo amargo, no faltan aquellos á quienes no gusta la miel y eso no nos extraña, como nos extraña oír á uno que con Tolstoi niega el valor estético de la obra de Shakespeare. Las sensaciones solas no dan pues cuenta del carácter de *universalidad* del juicio estético fundado en la emoción estética.

El empirismo, reconociendo esta laguna de su explicación, busca pues más allá de los fenómenos *fisiológicos* de la sensación, la explicación de este carácter de universalidad del juicio estético, y el mismo Burke examinando lo que pasa en nosotros y de que somos conscientes, descubre un sentimiento análogo al que experimentamos en presencia de lo bello, *el amor*. Efectivamente decimos que *queremos las cosas bellas* lo mismo como el amante dice que quiere á la mujer amada. Y Burke define la belleza: *lo que excita el amor*.

Lo que él designa por *amor* no es así como lo sostuvo más recientemente Grant Allen, el deseo brutal que los animales experimentan lo mismo que el hombre y que va indiferentemente hacia todo lo que le puede satisfacer; el amor de que habla Burke elige su objeto y la causa de esta preferencia *irreflexiva* es la belleza. La belleza no conmueve solamente los sentidos sino, por medio de los sentidos, el corazón y el espíritu, en una palabra, el alma.

El deseo brutal es cuestión de temperamento; siempre es groseramente egoísta; el amor al contrario nos hace salir de nosotros, el amor tiene algo desinteresado, lo mismo que el sentimiento estético con el cual él se confunde.

Solamente no se ve con qué derecho el empirismo puede hablar de un amor diferente de la emoción de los sentidos. Y Burke no alcanza á diferenciar realmente, sino exclusivamente en palabras, el amor del deseo.

Uno y otro en el fondo tienen su raíz en el apetito sexual. Si Burke nos dice que el amor es un deseo que oculta más ó menos á sí mismo su objeto último, y



que la belleza es lo que mejor excita este deseo indefinido y lo acaricia, queda sin embargo que las sensaciones que, según Burke, experimentamos en presencia de la belleza, nos encaminan insensiblemente al deseo. Y basta leer unos capítulos de su obra para darse cuenta que él concibe la belleza bajo la forma de cosas lindas, de lindos colores, de lindas dimensiones, como una especie de porcelana fina delicadamente pintada color de rosa con verdes suaves, bien pulida y en la cual el ojo y la mano se deslizan voluptuosamente.

Todo lo que conmueve los sentidos y los acaricia, él lo llama bello. Burke, 120 años antes de Mario Pilo, habló, para dar una idea del sentimiento estético, de esta vibración deliciosa del ser cuando nos mecemos en el columpio, del encanto de los sabores. Solamente faltan los perfumes embriagadores del serrallo evocados por el estético boloñés. El sentimiento estético se confunde pues, en esta teoría, con una embriaguez de los sentidos que hace saborear al individuo un placer egoísta.

Burke pues ni explica la universalidad, ni el desinterés de la emoción estética, caracteres por los cuales el placer estético confina con el entendimiento y nos libra de todo interés, hasta de todo interés intelectual, dando al alma una pureza casi moral.

(Véase Menéndez y Pelayo tomo IV p. 327.)

b) La doctrina de Burke no se puede presentar hoy como la única explicación de la emoción estética proporcionada por la escuela empírica. Ciertos partidarios suyos más recientes han buscado el origen de muchas cosas, hasta ahora inexplicables, en una operación del espíritu mejor conocida y mejor analizada: la *asociación de las ideas*.

Lo que caracteriza el placer estético es un desprendimiento singular de todo interés sensual, intelectual ó moral. ¿Cómo nos puede la asociación de ideas dar cuenta de tal carácter de la emoción estética?

No olvidemos que el mismo principio del empirismo filosófico, es la utilidad del individuo en el sentido más

material de la palabra. A pesar de eso, *en moral*, donde el desinterés ocupa un lugar todavía más importante, el empirismo arrojó la dificultad tratando de salvarla por medio de la asociación de las ideas. Por lo que concierne á la moral no vale recordar que Stuart-Mill explica el desinterés indispensable á la vida moral como un refinamiento supremo del egoísmo, por el cual el hombre moral sacrifica á veces la satisfacción propia en favor de la de su prójimo, en virtud de una experiencia que le ha enseñado que el placer presente tiene á veces por consecuencia un dolor futuro y recíprocamente, de tal manera que, después de un número suficiente de experiencias, existe una asociación de ideas por la cual la sola presencia de la posibilidad del goce lleva al hombre á pensar en el dolor futuro y, vice-versa, le enseña á aceptar un sacrificio inmediato en vista de una satisfacción ulterior. Todo el secreto del desinterés no sería pues sino un egoísmo disimulado que subsiste y nos domina hasta cuando intentamos ocultarlo á nuestros propios ojos.

No me corresponde discutir aquí ese sistema de moral. Se puede en rigor concebir que la utilidad individual y social pueda explicar la existencia de la ciencia por razón de sus aplicaciones y la existencia de la moral para que los hombres no se devoren mutuamente, pero ¿cuál puede ser la utilidad del sentimiento estético? Lo que lo caracteriza es que ni depende de la satisfacción de un menester físico, ni es necesario á la conservación de la especie ó á la existencia de la sociedad.

Aún cuando lo bello desapareciera del mundo, lo demás, según parece, podría subsistir. Ahora bien, la asociación de las ideas tal como la entiende el empirismo no puede sacar al hombre de su interés personal.

A pesar de que la asociación de las ideas no alcance á dar una explicación general del desinterés vamos á examinar sin embargo algunos de los ejemplos que Spencer pone en favor de la explicación del placer estético por la asociación de las ideas.

Ciertos colores, como el rojo, el azul y el verde, á más de su agrado particular, nos rememoran, más



ó menos confusamente, el brillo de las flores y el resplandor del cielo en los lindos días de la primavera ó del otoño; de allí el atractivo que tienen para nosotros.

La gracia también de los sentimientos, según Spencer, no nos agrada tanto sino por que la hemos observado anteriormente en personas amables encontradas en algunas fiestas y que nos encantaron por otros motivos. Hasta las mismas obras maestras del arte de que nos acordamos con más placer, las hemos admirado en ocasiones de compañía de viaje, de tiempo hermoso, etc., que contribuyen en el placer que tenemos al recordarlas, lo mismo que contribuyeron á formar la tonalidad de nuestra primera impresión. «El sentimiento estético se hace pues más complejo en la mayor parte de los hombres por razón de las asociaciones de ideas. Así dice Spencer, en el cap. 9 de la 8ª parte de sus *Principios de Psicología*.

Montesquieu en su *Essai sur le goût* ya había observado que «Nuestra alma, á menudo, compone para sí misma motivos de placer por las asociaciones que establece entre las cosas. De manera que las personas cultas y finas son las que á cada idea y á cada gusto unen muchas ideas y muchos gustos accesorios, y los que juzgan con buen gusto las obras del espíritu, tienen —porque supieron granjearse las—una infinidad de sensaciones que los otros hombres no tienen.»

Montesquieu, en el ensayo citado — que debía ser el artículo sobre el gusto de la Enciclopedia, pero que no fué incluido en ella, porque el autor no tuvo tiempo de terminarlo—no determina netamente la naturaleza de esos sentimientos accesorios de que habla, ni tampoco Spencer. Ahora bien esos placeres accesorios y asociados de que hablan, ó son ellos mismos placeres estéticos ó son placeres de otra especie, intelectuales, morales ó sensuales. Si no son sentimientos estéticos la emoción que experimentamos en presencia de una obra bella será aumentada por cierto, pero ya no será más el sentimiento de lo bello en su pureza. Si al contrario esos sentimientos accesorios asociados son estéticos no modifican en nada el sentimiento principal y, en vez de proporcionar su explicación, reclaman ellos mismos la

explicación de su origen y naturaleza. Mas si un cierto cuadro artístico nos rememora una conversación que hemos tenido con un amigo, si una cierta poesía hermosa nos rememora pasiones que hemos experimentado, eso podría suceder lo mismo con un cuadro mediocre ó con una poesía de poco valor.

La Bruyère explicaba el éxito persistente, y según él injustificado, de ciertas tragedias de Corneille por el capricho de ciertos ancianos de su tiempo que amaban en los personajes de estas tragedias, el recuerdo de su propia juventud. Tal recuerdo no tiene nada que ver con la belleza trágica, á pesar de Montesquieu y de Spencer.

La asociación de las ideas no presta pues ningún auxilio, por si sola, en la explicación de las emociones estéticas.

La asociación de las ideas se vale de elementos ya existentes y preparados y los dispone según un orden determinado, pero sin cambiar su naturaleza con esa clasificación. Esos elementos conservan su naturaleza propia en las combinaciones nuevas.

Cuando los placeres pasados, cuyo recuerdo acompaña nuestra emoción actual, son placeres ajenos al sentimiento estético, solamente lo corrompen y si, al contrario, son placeres estéticos ellos también, su asociación actual, no cambia ni su naturaleza ni la naturaleza de la emoción nueva con la cual coexisten.

Bain ha propuesto, á raíz siempre de la asociación de las ideas, una explicación que examinaremos y criticaremos antes de pasar á la teoría definitiva de Spencer que, como lo decía al principio, combina la teoría del juego con la teoría de la evolución. (*Las Emociones y la voluntad*—cap. especial de las emociones estéticas.)

Lo interesante que encontraremos en el estudio de la doctrina de Bain es que, con él, el empirismo, la filosofía de la sensación pura y simple recurre contra sus mismos principios, al entendimiento solo capaz de dar cuenta del carácter *universal* de una idea ó de un juicio, de modo que si no fuese por la manera incompleta y —á mi parecer inexacta—de concebir el carácter propio del entendimiento y de su acto, la doctrina de Bain ven-



dria à ser la misma que admito y que propondré à vuestra critica después de haber estudiado las doctrinas de Bain y de Spencer y las explicaciones del sentimiento estético que se valen exclusivamente de nuestras facultades superiores.

Bain afirma claramente la distinción de las emociones estéticas de todas las otras, cuando escribe: (c XIV op. cit.)—«Sus objetos no corresponden con necesidades de nuestra naturaleza; nada desagradable les acompaña; se les puede disfrutar sin provocar el recelo ó la envidia de los demás».

Es reconocer en el placer estético un placer independiente de la necesidad ó de cualquier interés particular y un placer capaz de ser participado universalmente.

Bain analiza después las emociones estéticas que nos provienen del oído y de la vista, reconociendo en ellas tres elementos: un placer relativo à los sentidos y à la misma estructura de sus órganos; un placer que proviene de cierta percepción de la unidad en la variedad; por fin un tercer placer, el más importante de todos, proporcionado por la misma expresión de tal ó cual sentimiento por medio de los sonidos ó de los colores. Esto quiere decir que en la fruición de la belleza hay à la vez algo sensible y algo intelectual y moral.

Nuestro aparato auditivo por su misma constitución experimenta una sensación particularmente agradable cuando recibe ciertos sonidos. Los sabios han descubierto que cada uno de esos sonidos es un compuesto de sonidos elementales y que por consecuencia ya implica una armonía. «Cada nota musical procede de una sucesión de vibraciones de igual duración». Y si varias notas constituyen un acorde, los mejores acordes serán aquellos en que se vuelven à encontrar las relaciones más sencillas.

Los físicos descubren algo análogo en los colores. Tres colores, el rojo, el amarillo y el azul constituyen una especie de armonía para el ojo y tal armonía puede resultar de *dos* colores solamente, si uno de ellos resulta de la mezcla de los que faltan. Así el rojo se

armoniza con lo verde, el cual es una mezcla de amarillo y de azul. En presencia de esos colores complementarios nuestro ojo se encuentra como en estado de equilibrio y de descanso. Pero si dos colores no son complementarios por no corresponder á los tres tonos fundamentales, entonces el ojo se cansa. Los placeres primitivos de la vista serian pues una especie de alivio de los órganos visuales los cuales tendrían menos trabajo para ciertas percepciones. Ahora si se pregunta porqué tales y no otras percepciones tienen esta virtud, no se puede contestar sino alegando la conformación natural del órgano por la cual está dispuesto á percibir las con más facilidad.

Pero Bain reconoce que después de estos placeres sensibles, se agrega un goce intelectual que proviene de la unidad en la variedad, y que alivia el espíritu en su trabajo de comprensión. En música la repartición de las notas en intervalos de tiempo iguales y su combinación en acordes armónicos, han sido estudiadas y sometidas á reglas rigurosas.

Y Bain piensa que leyes análogas, aunque más secretas, existen para las proporciones y los colores en lo relativo á las emociones estéticas de la vista.

Pero en todo eso no se debe exagerar el papel del elemento intelectual, pues no se trata aquí sino del alivio que el espíritu recibe contemplando objetos, ú oyendo sonidos que tienen una cierta regularidad, y de ninguna manera, de un conocimiento exacto y reflexivo, tal como el que da la ciencia.

Por fin Bain estudia la expresión de los objetos bellos. "La música, dice, imita los sonidos de la voz humana que son los signos más flexibles y más expresivos del sentimiento". La elevación, la intensidad, el timbre de las *notas*, los intervalos, la rapidez del pasaje de un tono á otro, toman un sentido para nosotros por una cierta asociación con nuestros estados interiores.

En lo relativo á los colores, los unos significan la salud, la juventud, la alegría, otros evocan estados de alma opuestos con toda la escala de los sentimientos y estados de alma intermediarios. Bain insiste más sobre la significación de las líneas, de sus sinuosidades y



dimensiones. La línea derecha, siempre difícil de trazar y que no se traza sin un cierto constreñimiento, le parece desagradable hasta en su representación mental; la línea curva al contrario, más desembarazada, nos agrada generalmente.

Entre las dimensiones la altura es la más interesante, según Bain, porque supone una cierta fuerza que triunfa sobre la atracción universal de la tierra. Tal fuerza existe en nosotros y por eso nos gusta en las cosas y nos gusta tanto más cuanto aparece más victoriosa que las fuerzas contrarias. Así preferiremos el obelisco á los Pirámides de Egipto que tienen una base colosal, y al obelisco preferiremos una esbelta columnita cuyo polígono de sustentación es más reducido todavía, á pesar de que la columna suba más.

En este último caso se demuestra un poder superior, pues con menos gasto de materia y de trabajo el efecto resulta más grande, y mentalmente experimentamos un goce por esta fuerza que aparece tan segura y libre.

La explicación queda pues siempre la misma en todos los casos; todos los elementos, que constituyen el placer estético, siempre provienen de un alivio experimentado en las impresiones sensibles y musculares ó en las operaciones mentales, ó en la acción (ideal á lo menos) que nuestra energía despertada por la simpatía, trata de cumplir, pues, según ya lo observamos, admirar una acción ya es identificarse mentalmente con ella, es decir, es cumplirla uno mismo de cierta manera, pues una admiración es una tendencia y una tendencia un movimiento que va empezar.

Tal es lealmente expuesta la explicación de Bain y hay que reconocer—á pesar de Menéndez y Pelayo—el mérito y la exactitud de ambas observaciones del filósofo inglés.

Pero las explicaciones de Bain adolecen, á mi parecer, de la misma insuficiencia que todas las teorías exclusivamente empíricas ó fisiológicas del origen de las ideas y de los sentimientos.

Hasta sus explicaciones muy justas en su parte positiva relativas á las sensaciones agradables, me parecen

incompletas. Por cierto que el agrado que encontramos en ciertas notas y en ciertos colores proviene de la estructura particular de nuestro oído y de nuestro órgano visual. Pero el hombre ha tenido que discernir esos sonidos, esos acordes agradables de tantos otros; los colores igualmente y sus juegos armoniosos, suponen una larga atención, comparaciones minuciosas que todos no logran hacer. La atención á tales cosas será tanto menos común cuanto menos importancia tengan ellas para las necesidades de la vida material. En una palabra, para hacer aún empíricamente, la separación y la clasificación de las sensaciones agradables de las otras, hay que percibir entre las dos clases, relaciones de oposición y toda percepción de una relación supone un juicio á lo menos implícito, de que el empirismo puro todavía no dió cuenta.

Y en cuanto al placer intelectual que Bain reconoce como elemento de la emoción estética ¿será verdad que no consiste en otra cosa sino exclusivamente en el alivio que encuentra el espíritu cuando las varias cosas que se presentan á él tienen entre sí un cierto orden, que le permite acordarse de ellas más fácilmente?

Pero si el hombre tiene tanto horror al trabajo ¿por qué quiere pensar?

El pensamiento no es una necesidad de nuestro organismo; el organismo ha hecho bastante cuando, consciente ó inconscientemente, contesta á las excitaciones que le vienen del mundo exterior ejecutando los movimientos apropiados.

Si el espíritu se concibe como meramente pasivo en el principio y únicamente capaz de recibir la impresión de las cosas, ya no se ve cómo saldrá de su sopor y cómo no se resentiría siempre de su inercia primitiva.

Si al contrario el espíritu, á pesar de los empíricos, tiene su existencia y su actividad propias, aunque en estado de poder latente, de fuerza que espera solamente la ocasión y las condiciones necesarias para ejercerse según su naturaleza y sus leyes, entonces nos explicamos fácilmente el goce que le procura el encuentro de la unidad en la variedad, de la relación única que rige la diversidad de los elementos y les hace inteligibles. Su



placer en presencia de lo inteligible es parecido al placer físico que experimentamos respirando un aire puro saliendo de una pieza cerrada desde largo tiempo.

Las cosas quedarían por siempre ininteligibles si solamente fueran múltiples y diversas. El espíritu busca entre ellas semejanzas; trata de reunir en un solo grupo las que tienen rasgos comunes y trata de formar de él un solo objeto. Pero la semejanza real de varias cosas fuera del espíritu no basta para que las ideas se formen, de la misma manera como por la ley de la afinidad ciertas sustancias químicamente diferentes se acercan y combinan. El espíritu tiene un papel activo y no meramente pasivo en el descubrimiento y en la creación de esas semejanzas.

Esas semejanzas no existen para nosotros sino cuando el espíritu las ha observado después de muchas comparaciones que fundan su juicio final.

Y por eso el placer de percibir lo uno en lo múltiple, es un placer sumamente positivo y no solamente este placer negativo que, según Bain, proviene del alivio que experimenta la memoria, la cual sin eso, tendría que hacer un esfuerzo excesivo.

Por fin, en cuanto al tercer elemento de la emoción estética, tampoco me satisface la explicación de Bain. El placer estético que experimentamos por simpatía cuando un poder, una fuerza se manifiesta en nosotros, no me parece provenir precisamente de lo que tal fuerza nos aparece como victoriosa de las fuerzas contrarias, sino tendríamos que contar una maravilla de equilibrio por una maravilla de belleza, el genio de la plaza de la Bastilla en París entre las mejores maravillas del mundo, pues este genio—que representa el de la Libertad—queda en equilibrio sobre un único dedo de un pie.

Pero lo que la idea de Bain contiene de verdad me parece bastante bien formulado en el artículo del señor barón Charles Mourre, en la *Revue de Philosophie*, de Peillaube, del 1º de Mayo de 1906, en su artículo «*la Dualité du moi dans les sentiments*» cuando dice lo siguiente de la emoción estética: «La emoción estética nace en presencia del objeto que nos hace ver nuestra imagen

tal como quisiéramos ser y olvidar la imagen de lo que somos» y después agrega el curioso ejemplo siguiente: «en una iglesia romana observamos y admiramos el arco que va de una columna á otra, porque este arco da la impresión de soportar sólidamente la masa de piedras que está por encima de él; lo que admiramos es esta fuerza y no la admiramos sino porque la deseamos para nosotros. Este arco existe pues en nosotros en un grado eminente. El sentimiento estético es el apetito de lo mejor, de lo más perfecto, del ser más completo que nos hace falta». Rafael decía *comprender es igualar*, si la fórmula es justa, lo será esta otra: *admirar es ser sobrepujado*. Solo el hombre conoce este sentimiento, solo el hombre precisa para su plena satisfacción lo que le sobrepuja, mientras el animal bruto queda satisfecho con lo que lo llena. Y este carácter del gusto estético lo diferencia de los otros apetitos. La emoción estética no está llena del menester de tener y de saber, mas si llena de una sed de progreso que supone la inteligencia, la voluntad, la libertad y en este sentido, admito con toda convicción, con Bain, que el placer estético contiene como elemento una simpatía del sujeto que lo experimenta por el objeto que se revela en él como manifestación de una fuerza pudiente y desembarazada.

Pero Bain no interpreta así el motivo de la simpatía por la fuerza y por la perfección que reconoce sin embargo como elemento del sentimiento estético. Para él esta fuerza nos encanta solamente como la revelación de un trabajo más fácil y de un esfuerzo menor. «Las herramientas bien pulidas, dice, agradan por el brillo que tienen y por la idea que dan de un trabajo fácil. La nitidez y la elegancia nos satisfacen como partes del orden y... bajo el nombre general *orden* entendemos toda la precisión, la regularidad, el buen arreglo de los objetos tan favorables á la marcha de las operaciones industriales». (Ibid. § 26).

Tal consideración exclusiva de la utilidad ó de lo que libra del trabajo en el ejercicio de nuestra actividad, de nuestra inteligencia y hasta de algunas de nuestras sensaciones—estrecha mucho las vistas de Bain



sobre el placer estético. En el principio del capítulo que le dedica, él había declarado que este placer, por privilegio especial, estaba por encima de la consideración de utilidad y sin embargo después él lo reduce y lo sujeta à la utilidad. Si habla del orden, de la unidad y de la variedad esas cosas solamente tienen valor para él en razón del alivio intelectual que proporcionan. Si habla del poder ó de la fuerza que nos agradan cuando las vemos manifestadas en ciertas obras, inmediatamente explica todo por la sola utilidad. El arte no sería una forma especial de la industria humana y, efectivamente, el estudio de Bain concluye con una estética de lo útil.

Con eso la emoción estética no tiene su explicación, pues así se la confunde con los placeres intelectuales de los cuales, como ya hemos demostrado, ella tiene que ser diferenciada.

Apesar de todo, es muy interesante ver como el empirismo, en uno de sus representantes más ilustres, no se puede limitar à la sensación pura, para dar cuenta del placer estético y como contra sus mismos principios recurre al entendimiento para explicar el carácter de universalidad del juicio estético.

\* \*  
\*

c) La última explicación empírica del sentimiento estético que estudiaremos es la explicación de Spencer que invoca la teoría del juego de Schiller entendida en un sentido meramente sensualista y que la combina con la teoría de la evolución.

Con Spencer el empirismo reconoce una actividad propia al espíritu humano, pero fiel en eso à su dogma fundamental, no busca el origen de esta actividad y su cabal interpretación en otra fuente sino en la única sensación ó sea en la experiencia. Nuestra actividad mental sería el producto de una experiencia sensible infinitamente enriquecida à través de los siglos y que se transmitiría con un perpetuo aumento à través de las generaciones humanas, de tal manera que en consecuencia de la misma evolución, nuevas facultades aparecerían sucesivamente en la humanidad.

Según Spencer el placer estético sería el resultado de un despliegue completo de nuestra actividad, en cualquier sentido que se tome la palabra actividad. Todo lo que pone obstáculos al ejercicio de una cualquiera de nuestras facultades nos causa un dolor. Si al contrario nuestras facultades pueden obrar sin traba experimentamos un placer.

Ahora bien, sucede precisamente que todo objeto bello provoca en nosotros un *maximun* de actividad el cual sin embargo no excede de los límites de nuestras facultades, condición indispensable sin la cual experimentamos un dolor, y esta actividad se despliega sin esfuerzo, ni molestia pero con perfecta comodidad.

Así por ejemplo ciertos sonidos, ciertos acordes que gustan al oído, nacen de vibraciones del aire que se suceden regularmente y se refuerzan por su repetición.

Este fenómeno acústico y otros tales fenómenos físicos facilitan la inteligencia de lo que pasa después en nuestro sistema nervioso, cuya actividad también se despliega según un ritmo no interrumpido y no contrariado, á consecuencia de lo que experimentamos placer.

Y Spencer extiende á todos los placeres estéticos esta primera explicación.

Solamente eso no constituye tanto una explicación como la sencilla constatación de un hecho y tal hecho lo hemos constatado nosotros también cuando analizamos la emoción estética.

Pero lo que precisamos ahora es una contestación al *porqué* del fenómeno. ¿Porqué nos gustan esas vibraciones regulares y no nos gustan las otras?

Si os acordais, hemos reconocido el mismo hecho hasta en el orden intelectual, pues es un hecho de experiencia íntima que el espíritu siempre experimenta un cierto placer cuando encuentra el orden que le facilita su actividad.

De manera que las profundidades de la conciencia, donde el alma y el cuerpo parecen confundidos, casi se iluminarían de una luz proveniente de una región superior en que el alma tiene acción propia.

Pero Spencer no busca así en un reflejo de nuestra actividad superior la explicación del menester de pro-



porción y armonía que requieren nuestros mismos sentidos para gustar un placer estético, sino al contrario él pretende dar cuenta de todo, incluso de nuestras actividades superiores por medio de nuestra actividad inferior.

Sin embargo cuando consideramos esta actividad inferior cómo se nos aparece, y sin interpretarla poniéndola en relación con un principio superior ¿tendremos el derecho de hablar de su ejercicio libre, sin traba, conforme a su naturaleza?

Para decirlo tenemos que suponer su naturaleza se lienta de orden, de regularidad, y feliz al encontrar orden y regularidad en las cosas. Pero la experiencia no nos revela nada de tal. En el mismo ejemplo de Spenser del sonido que nos gusta, la experiencia nos revela: 1º una serie de fenómenos que pasa fuera de nosotros y 2º en nosotros un cierto placer ocasionado por esos fenómenos; pero la experiencia no nos revela nada más y la experiencia nos revelará cosas parecidas, es decir la existencia de fenómenos externos y de un sentimiento correspondiente, no solamente en presencia de las cosas bellas sino en cualquier caso de un conocimiento cualquiera ó de una emoción cualquiera sin que por eso la emoción siempre sea estética. Si discernimos entre ciertas emociones que llamamos estéticas y otras igualmente libres de dolor y de esfuerzo, como las que nos procuran la verdad y el bien, eso proviene de un juicio de diferenciación de que el único análisis del fenómeno sensible no da razón.

Admito que toda actividad que se ejerce plenamente dentro de los límites de sus fuerzas, sin encontrar ningún obstáculo, es una causa de placer; pero eso se puede decir de cualquier placer y no caracteriza ningún placer en particular.

Ahora bien, lo que preguntamos es la característica del placer estético.

Este placer se distingue de los otros no por ser una actividad que se despliega sin traba, lo que es condición común de todos los placeres, sino en razón de ciertas cualidades propias, como la de ser libre de todo interés sensible, intelectual ó moral.

Spencer no niega estas cualidades del placer estético é intenta al contrario dar razón de ellas.

«Toda facultad, dice, á más de su ejercicio ordinario, tiene otro modo de obrar que es libre de cualquier fin determinado y cuyo ejercicio supone de necesidad, la satisfacción previa de las necesidades del organismo. Si después de satisfacer esas necesidades del organismo, le queda un excedente de actividad entonces lo empleará en jugar.

«El juego, agrega Spencer, es un ejercicio artificial de energías, las que, á falta de su ejercicio natural, llegan á estar tan dispuestas á gastarse que se alivian por medio de acciones simuladas en vez de derramarse en acciones reales».

Pero hay aquí que ponerse en guardia contra una explicación cuyo punto de partida está en la pura fisiología—lo mismo como en sociología hay que estar en guardia contra explicaciones pretendidamente biológicas que aplican á la vida de la sociedad, las observaciones hechas sobre la vida del individuo, dando pues como argumentos experimentales sencillas comparaciones entre cosas de diverso género y á veces comparaciones arbitrarias y sofisticas, pues una sociedad no tiene la misma especie de unidad, ni por consecuencia la misma especie de vida como el individuo, de manera que lo que es verdad en el individuo, en biología verdadera, podrá ser completamente falso en biología metafórica ó social.

Pero volvamos al placer estético. Este placer no tiene semejanza con la satisfacción de un menester; nada posible, nada doloroso no lo precede, tampoco no constituye ninguna necesidad para la conservación ó el bienestar del hombre.

Ahora bien esta actividad, de que habla Spencer, y que á falta de su ejercicio real y útil, se gasta en una ocupación artificial tiene algo necesario que revela una obligación, una necesidad cuyo objeto ya no es más determinado, una necesidad que á pesar de tener un objeto más vago queda como un menester imperioso.

Spencer da el ejemplo de un ratón que cerrado en una jaula muere por pasatiempo todo lo que agarra.

Pero ese no es juego, sino un trabajo que el raton



cumple para obedecer á la tiranía del instinto; tampoco hay una causa estética en los juegos de los niños para quienes correr, saltar, moverse es un menester verdadero.

La misma imaginación queda bajo una ley parecida. Cuando la imaginación es muy viva, como en ciertos individuos, su ejercicio es un menester verdadero y Schiller (de quien Spencer tomó la idea primitiva de su sistema) ya lo había observado, escribiendo lo siguiente en la XXVII de sus cartas estéticas: «La imaginación tiene su movimiento libre y su actividad material (ihre freie Bewegung und ihr materielles Spiel) en lo cual, sin ninguna relación con una forma razonable, ella se complace sencillamente en su poder arbitrario y en la ausencia de cualquier traba».

Pero los sueños caprichosos y extravagantes á los cuales la imaginación se entrega en esos momentos, no tienen más caracter estético que un cake-walk, ó cualquier otra danza de salvajes y el placer que los acompaña es solamente el placer común que se experimenta por el alivio de cualquier necesidad física.

A mas es una cuestión si ésta explicación física se puede aplicar á *todas* nuestras facultades de una manera que no sea meramente metafórica.

Spencer no tiene duda al respecto, pues leemos en el mismo capítulo de la psicología (p. 666, 667) «Las facultades superiores pero las menos esenciales de nuestro sér, lo mismo que las más esenciales y más humildes, llegan también á tener actividades las cuales se despliegan en vista de las satisfacciones inmediatas que las acompañan con abstracción de ventajas ulteriores. Las producciones estéticas proporcionan á esas facultades superiores la materia de su actividad suplementaria, lo mismo que los juegos proporcionan una materia á la actividad de las facultades inferiores».

Pero no es cosa cierta que la actividad del espíritu sea del todo comparable con la del cuerpo. A lo menos la actividad del espíritu no supone un menester doloroso, hasta ni una necesidad de obrar. Es cierto que el hombre está inclinado, por una natural curiosidad, á conocer las cosas, pero le sería posible vivir sin eso; no

sufre mucho por el estado de ignorancia, y sabemos todos por experiencia que precisamos un esfuerzo para salir de la ignorancia.

Que se pregunte no digo al niño, sino á la *mayoría* de los jóvenes y quien sabe á otros mas viejos, si no precisan menos esfuerzo para realizar una excursión al Tigre, una partida de tennis ó de foot-ball que para prestar atención á una lección de filosofía.

Lo mismo no es sin esfuerzo que se puede alcanzar un cierto grado de perfección moral.

Por otro lado una condición propia de nuestras facultades superiores es que se proponen un fin cuando obran.

Las necesidades físicas necesitan su satisfacción periódicamente, con intervalos. Durante estos intervalos la actividad que no se ha utilizado queda disponible para ejercerse sin fin, en forma de juego. Pero no sucede lo mismo con la inteligencia y la voluntad.

Nuestra inteligencia por muchos que sean sus concimientos encuentra siempre un objeto á su actividad y obra conformemente á su naturaleza sin que por eso juegue. Lo mismo sucede en cuanto al amor del bien que llena ciertas almas. Esta actividad no va á perderse en proyectos estériles que le serian como un juego; y hasta si verdaderamente algunas personas á veces se complacen en sueños vanos relativamente á proyectos benéficos que no se realizan y cuya realización ni se intenta, estos sueños no tienen necesariamente caracter estético.

La analogía es pues solo aparente entre la actividad de facultades inferiores del hombre, y la actividad de sus facultades superiores que tampoco á pesar de ser superiores—lo quiera ó no Spencer—no dejan de ser esenciales al hombre.

Se puede medir la suma de actividad necesaria al animal para satisfacer sus necesidades cotidianas, porque eso es una tarea fija y limitada, y se concibe que si hay después un sobrante de actividad, este sobrante se gaste en juegos.

¿Pero quién medirá la cantidad de inteligencia y de voluntad que basta al hombre y arriba de la cual



habría un excedente? Por extensas y fuertes que sean esas facultades, nunca igualarán la infinidad de su tarea que es conocer todo y alcanzar la perfección la más elevada.

En resumidas cuentas, la actividad de juego que Spencer da como el tipo de la actividad estética de todas nuestras facultades, no se encuentra verdaderamente sino en algunas operaciones sensitivas por motivo de la intermitencia de las necesidades físicas, y hasta en estas operaciones la actividad de juego de que habla Spencer, siempre tiene algo necesario y desordenado que no presenta semejanza con el placer de lo bello—nuestras facultades superiores, inteligencia y voluntad, no están bajo el imperio de tal necesidad física sino bajo el imperio de las leyes lógicas y morales y nunca tienen un excedente libre de fuerza para la obra que les incumbe y si á veces trabajan en esta obra como si fuese para ellos un juego, eso proviene de causas que no tienen nada fatal como la superabundancia de vida de que habla Spencer.

Pero Spencer no se ha limitado en dar una teoría del sentimiento estético en sus *Principio de Psicología*; también esbozó una teoría de lo bello en la naturaleza, que se encuentra en sus *Ensayos de moral*.

Y según esta teoría lo bello sería lo útil cuando, á falta de ser aprovechado ó por cualquier otra causa, perdió su utilidad sin cesar de existir.

«En un principio, dice Spencer, la actividad de un ser siempre se ejerce para un fin provechoso, más tarde cuando el porvenir está asegurado este ser gasta sin fin el excedente de sus fuerzas, jugando con ello. Lo mismo, según la observación de Emerson, lo que la naturaleza creó en otro tiempo para proveer á una necesidad, le sirve después para ornato. Así en ciertos moluscos, órganos que en el principio de su desarrollo orgánico fueron boca, en otra época de su vida, se mudan en nudos y espinas que adornan su concha».

La observación es justa pero no por eso proporciona, como lo cree Spencer, un fundamento suficiente para una definición general de lo bello.

Para que fuese así, sería necesario probar que en el reino animal todos los órganos que en otro tiempo tuvieron utilidad, y ahora son inútiles, tienen belleza. Lo que no es el caso. Al contrario la zoología comparada proporciona hoy la prueba que, en regla general, todo órgano que no sirve desmedra progresivamente y, después de varias generaciones, se afea y vuelve en cosa deforme. Así por ejemplo la paleta de la foca, que según dicen, fué un pié con cinco dedos.

El solo hecho de haber perdido su utilidad no basta pues para crear la belleza de una cosa.

A más, los mismos objetos que han sido útiles en otro tiempo y que hoy nos agradan como bellos—para usar el mismo ejemplo de Spencer, los castillos feudales de la edad media que hoy no sirven pero que admiramos—¿no tuvieron acaso belleza aún en el tiempo que tenían utilidad? Los arquitectos que los crearon lo mismo como las catedrales del mismo estilo ¿no tuvieron á la vez preocupación de su belleza y de su utilidad?

¡Y cuántos objetos que usamos cada día y en los cuales queremos encontrar á la vez una satisfacción para nuestras necesidades, una utilidad y una satisfacción de gusto, una cierta belleza!

Pese á Spencer, el mismo buen sentido nos dice que un objeto puede tener y conservar su utilidad aún si provoca nuestro encanto por su belleza.

Darwin fué el primero en indicar la utilidad del brillo de las flores que hace el goce de nuestros ojos. Estos colores resplandecientes llaman la atención de los insectos que vienen pues á buscar el néctar de la flor y que después, pasando de una flor á otra, procuran el esparcimiento de los polvos fecundantes ó polen necesario para la conservación de la especie. Las flores no perdieron su belleza, ni para el mismo Darwin, cuando descubrió la utilidad de sus colores.

Sin embargo hicieron un argumento con eso para demostrar que la belleza no pertenece al plan de la naturaleza sinó por su utilidad; este argumento no carece de todo valor contra los que consideran la naturaleza entera como creada especialmente para el hombre é intencionalmente provista de belleza para el mayor placer



del hombre. Pero ésta cuestión es independiente de una estética sencillamente experimental y racional.

Sea lo que fuere de la misma creación y de los fines de la creación, cuando el hombre, animal razonable, entra en la naturaleza, es decir en esta vasta combinación de relaciones que es el universo, nuevas relaciones empiezan à existir, relaciones cuyo caracter será determinado por la naturaleza de este nuevo factor que penetra en la combinación general. Ahora bien el hombre, el espíritu humano no tiene una única actitud frente à las cosas; à veces él las examina con àvida curiosidad para descubrir su mecanismo secreto, à veces se juega en su superficie y por eso es precisamente en el hombre que se debe buscar la razón de la diferencia entre lo bello y lo útil. Un mismo objeto puede tener y tendrá à menudo los dos caracteres; en tal caso, si examinamos solamente el objeto, estaremos en peligro de confundir sus dos caracteres de utilidad y de belleza y de no ver en ello, así como lo hizo Spencer, sino una diferencia de momentos en la evolución de su ser, lo que contradice la misma experiencia;—mientras es necesario buscar la solución del problema de lo bello à la vez en el objeto bello y útil y en el espíritu que lo contempla y que observa otra actitud con este objeto según lo considerara como útil ó como bello.

¿Cual será la conclusión de este estudio sobre las ideas estéticas de Spencer? Spencer comprende perfectamente las condiciones negativas de lo bello, falta de una necesidad directa en el hombre y falta de una utilidad inmediata en el objeto bello considerado como bello. El no cumplimiento de esas dos condiciones, sería un obstáculo à la existencia del sentimiento de lo bello.

Cuando al contrario esas condiciones existen, el sentimiento estético puede aparecer, pero la ausencia del obstáculo no basta para crearlo. El campo está preparado, pero ni el árbol de la ciencia, ni el del arte no brotarán en este suelo si no sobreviene un principio de orden y de armonía para reducir à la unidad y dirigir, según la fórmula de Kant, hacia una finalidad sin fin, es decir sin utilidad positiva, las actividades desor-

denadas de nuestras facultades inferiores, principio que creará relaciones nuevas entre él mismo y las cosas exteriores naturales ó artificiales; principio que á la vez nos permitirá comprender y gustar estas relaciones que son la misma ciencia y el sentimiento de la belleza.

Bain en su libro *Las emociones y la voluntad* y en el mismo capítulo que hemos discutido más arriba, aprecia también el sistema de Spencer y llega á la misma conclusión; dice:

«Spencer hace de la noción del juego el punto de partida de los placeres estéticos; él observa con acierto que donde existe un excedente de vigor muscular después del gasto correspondiente á las necesidades de la vida, este excedente se gastará en cualquier ejercicio ficticio análogo con la función primitiva. Pero eso queda muy lejos del arte, es una explicación que conduce á la descripción del sport, del juego, pero que no da cuenta de *una parte del arte* sinó cuando esos ejercicios *han sido idealizados*... A mas sucede también que este excedente de vigor se gasta *sencillamente en lo inacción*».

DR. C. MOREL

---



## ACTOS Y DOCUMENTOS DEL CENTRO

### RESOLUCIONES TOMADAS POR LA C. D.

*Sesión ordinaria del día 1.º de Julio* — Presidencia del señor *D'Andrea*—Presentes: *Presidente, Basaldua, Bianchi, Costa, Frumento, Giusti, Gustavino, Martinez, Rivarola, Rosendi, Tobal.* — Ausentes: *Bertolozzi, Debenedetti, Guido, Jofrè.*

Resuélvese costear en unión de los demás centros universitarios, un album para presentar à Guillermo Ferrero.

Se aceptan los pasajes dados al Centro, para que euvie su delegación à Tucumán durante las fiestas julias.

*Sesión ordinaria del día 15 de Julio*—Presidencia del señor *D'Andrea*—Presentes: *Presidente, Basaldua, Bianchi, Costa, Frumento, Giusti, Guido, Martinez, Rivarola, Rosendi, Tobal.*—Ausentes: *Bertolozzi, Debenedetti, Gustavino, Jofrè.*

Resuélvese que la C. D. se reuna el 2º y el 4º sábado de cada mes.

Apruébase la inserción en el Boletín del mes de Julio, de la nota enviada por Leopoldo Lugones en contestación al pedido que se le hizo de que dictara un curso libre de Estética, y del informe de la comisión encargada de dar su veredicto sobre la enseñanza del profesor de latin Dr. Cranwell.

Se aprueba el dictámen de la sub-comisión del interior sobre el proyecto presentado por los señores Bianchi y Giusti en esta forma: 1º Que se dirija una nota al Concejo Superior Universitario solicitando que

se tengan en cuenta los egresados de la Facultad para las cátedras del Colegio Nacional Central dependiente de ese Consejo; 2º Que se eleve una nota á la Cámara de Diputados solicitando que, cuando se discutan las leyes de enseñanza, se garantice la posesión de cátedras á los egresados de la Facultad.

Resuélvese mandar acuñar una medalla como distintivo de los socios del Centro.

—

*Sesión extraordinaria del día 22 de Julio*—Presidencia del señor *D'Andrea*—Presentes: *Presidente, Basaldua, Bianchi, Costa, Frumento, Giusti, Guido, Jofré, Martínez, Tobal*. Ausentes: *Bertolozzi, Debenedetti, Gustavino, Rivarola, Rosendi*.

Resuélvese remitir al profesor de latin D. Antonio Porchietti una nota de aprecio para ese señor profesor, firmada por un grupo numeroso de alumnos.

—

*Sesión ordinaria del día 10 de Agosto*—Presidencia del señor *D'Andrea*—Presentes: *Presidente, Basaldua, Bianchi, Costa, Frumento, Giusti, Martínez, Rivarola, Rosendi, Tobal*.—Ausentes: *Debenedetti, Guido Gustavino (con aviso), Jofré*.

Resuélvese que la medalla votada en sesiones anteriores como distintivo del Centro, sea de plata y lleve el grabado de un pensador, con la inscripción *Nosce te ipsum*.

(No se tomó en esta sesión ninguna otra resolución. Sólo se tomaron en consideración algunos proyectos presentados).

—

*Sesión ordinaria del día 24 de Agosto*—Presidencia del señor *D'Andrea*—Presentes: *Presidente, Bianchi, Debenedetti, Giusti, Guido, Gustavino, Martínez, Rivarola*—Ausentes: *Basaldua (con aviso), Frumento, Jofré, Rosendi, Tobal*.

Sanciónase un proyecto de redacción del Boletín, y se ordena su publicación permanente en el mismo.



Resuélvese que el Centro se encargue de adquirir en Europa los libros que necesitaren los estudiantes, al precio de costo.

Resuélvese convocar à Asamblea General para el 2 de Septiembre, à fin de renovar la C. D., según lo mandan los estatutos.

—

De los profesores suplentes, cuyo nombramiento provocó la justa protesta de los alumnos de la Facultad, protesta exteriorizada en la nota elevada por el Centro al Consejo Directivo en el mes de Abril del año corriente, sólo hasta la fecha el Dr. Pablo Cárdenas se ha presentado à dictar su curso reglamentario.

La conferencia inaugural debió suspenderla el Dr. Cárdenas por falta de oyentes.

A la que debió ser la segunda, faltó el Sr. Cárdenas.

A las restantes conferencias, de los alumnos de la Facultad sólo le han asistido dos señoritas.

Al señor Cárdenas plácele la ironía: ha disertado sobre Voltaire.

—

El Dr. Francisco De Veyga, otro de los incluidos en la mencionada nota, debió dar comienzo à su curso reglamentario el dia 10 de Agosto; pero aún no se ha presentado à dictarlo. No nos explicamos el motivo de tal demora.

—

El Dr. Ricardo Cranwell sigue dictando su curso de latin con relativa felicidad.

FRANCISCO D'ANDREA

Presidente

ROBERTO F. GIUSTI

Secretario